



HISPANIA NOVA

Revista de Historia Contemporánea

<http://hispanianova.rediris.es>

SEPARATA

Nº 6 - Año 2006

E-mail: hispanianova@geo.uned.es

© HISPANIANOVA

ISSN: 1138-7319 - Depósito legal: M-9472-1998

Se podrá disponer libremente de los artículos y otros materiales contenidos en la revista solamente en el caso de que se usen con propósito educativo o científico y siempre y cuando sean citados correctamente. Queda expresamente penado por la ley cualquier aprovechamiento comercial.

DOSSIER

GENERACIONES Y MEMORIA DE LA REPRESIÓN FRANQUISTA: UN BALANCE DE LOS MOVIMIENTOS POR LA MEMORIA

1. HISTORIA Y MEMORIA DE LA REPRESIÓN DEL RÉGIMEN DE FRANCO

***Combates por el pasado y apologías de la memoria, a
propósito de la represión franquista***

***Battling for the past and eulogizing memory, in relation to
the repression in Franco's times***

Francisco ERICE
(Universidad de Oviedo)
ferice@uniovi.es



HISPANIA NOVA

<http://hispanianova.rediris.es/>

■ **Francisco ERICE, *Combates por el pasado y apologías de la memoria, a propósito de la represión franquista.***

RESUMEN

El concepto de memoria colectiva, desde su formulación inicial hasta su incorporación a los estudios históricos, ha sido objeto de distintas interpretaciones, en relación con la construcción social de los recuerdos y los usos del pasado. En este trabajo se insiste en la inserción de la memoria colectiva en el campo de las ideologías y su vinculación con los conflictos políticos y sociales, así como en las diferencias entre Memoria e Historia, abordando el caso de España y sometiendo a discusión diversos planteamientos en torno a la construcción de la memoria colectiva bajo el Franquismo y la Transición, así como las razones que subyacen en el actual resurgimiento de las “batallas por la memoria”.

Palabras clave: memoria colectiva, memoria histórica, deber de memoria, políticas de memoria, usos sociales de la historia, ideología, mentalidad, Franquismo, Transición.

ABSTRACT

The concept of collective memory, from the moment when it was first formulated until it was incorporated into history studies, has been the object of different interpretations related to the social construction of reminiscences and the uses of the past. This article emphasizes the need to incorporate collective memory into the field of ideologies, also stressing its link with political and social conflicts as well as the differences between Memory and History. It does so by focussing on the case of Spain and discussing different approaches to the construction of collective memory during Franco's times and the Spanish Transition period, as well as the reasons behind the current resurgence of the “battles for memory” in Spain.

Key words: collective memory, historical memory, duty to remember, memory policies, social uses of history, ideology, mentality, the Franco period, the Spanish Transition period

Sumario

1. [Memoria colectiva: los múltiples significados de un concepto complejo.](#)
2. [Memoria y trauma: “deber de memoria” y memoria histórica.](#)
3. [Acerca de la memoria de la represión franquista: de la *confrontación* a la *reconciliación*.](#)
4. [La “memoria de reparación” y las nuevas batallas por el pasado.](#)

Combates por el pasado y apologías de la memoria, a propósito de la represión franquista

Francisco ERICE

(Universidad de Oviedo)

ferice@uniovi.es

A comienzos de la década de 1990, el polémico y atrabiliario periodista y escritor Gregorio Morán afirmaba, en intencionado juego de palabras, que España se había constituido en “*un Reino de desmemoriados*”, y que “*cancelar los pasados fue instrumentalizado en función de una pretendida reconciliación de los españoles*”. Con intenciones bien distintas, un conocido historiador se lamentaba recientemente de lo contrario: “*la sociedad española padece hoy una cierta inflación de lo que se ha venido a llamar memoria histórica*”¹. Al parecer, lo que había sucedido entremedias, si otorgamos credibilidad a ambas afirmaciones, es que nuestro país se incorporaba, a su manera y en un momento peculiar, a esa especie de estallido de *la memoria* que, como aquel otro viejo *fantasma*, recorre el mundo desde hace unos lustros; un espectro –conviene no olvidarlo– de aspecto bifronte, con derivaciones científico-académicas significativas, pero también de proyecciones cívicas, políticas y sociales indudables².

Aunque el concepto de *memoria colectiva* tiene fecha y marca de origen bastante más antiguas (la publicación, en 1925, del libro de Halbwachs *Les cadres sociaux de la mémoire*), su incorporación al análisis histórico-social puede considerarse muy reciente, remontándose todo lo más a las décadas de 1970 ó 1980. Este tardío florecimiento contrasta, no obstante, con su rapidísimo y multiforme desarrollo. De hecho estamos asistiendo, desde hace no mucho tiempo, a una fiebre rememorativa que ha adquirido difusión geográfica tan amplia como variados son los usos políticos de la memoria, “*que abarcan desde la movilización de pasados míticos para dar un agresivo sustento a las políticas chauvinistas o fundamentalistas*”, hasta los intentos en diversos lugares de crear esferas públicas para la memoria real “*que contrarresten la política de los regímenes postdictatoriales que persiguen el olvido tanto a través de la reconciliación y de las amnistías*

¹ MORÁN, G., *El precio de la transición*. 2ª ed, Barcelona, Planeta, 1992, pág. 75-108; GONZÁLEZ CUEVAS, P. C., “Derecha, historia y ‘memoria histórica’”, *ABC*, 10 de agosto de 2005.

² PEIRÓ MARTÍN, I., “La consagración de la memoria: una mirada panorámica a la historiografía contemporánea” en *Ayer*, nº 53, (2004), pág. 179-205; ERICE, F., “A memoria colectiva, entre a historia e a política” en *Dez.eme*, nº 10, (2005), pág. 14-22.

*oficiales como del silenciamiento represivo*³. Tal diversidad nos previene sobre la inconveniencia de analizar aisladamente sus expresiones en un determinado país o zona del mundo; sin menoscabo de reconocer las particularidades propias de cada situación, existen, sin duda, mecanismos, formas y contextos determinantes que merecen ser comparados.

Las páginas que siguen no pretenden abordar específicamente el estado de los debates acerca de la memoria colectiva o la denominada memoria histórica en nuestro país, ni tampoco pontificar en torno a la conveniencia o los supuestos excesos de lo que se ha dado en llamar su *recuperación*. Los dos asuntos serán inevitablemente suscitados, pero no constituyen el centro de este trabajo. Mi intención es, ante todo, introducir algunas reflexiones con respecto a la utilización del concepto mismo de memoria colectiva, cuyo significado dista de resultar evidente, y a los problemas que plantea el *uso social* del pasado, proponiendo (en una segunda parte) su eventual aplicación crítica al caso de España y a las interpretaciones más usuales sobre los procesos de construcción de la memoria colectiva bajo el Franquismo, la Transición o la etapa más reciente.

1. Memoria colectiva: los múltiples significados de un concepto complejo.

La primera premisa de las consideraciones que siguen es que no podemos aproximarnos al caso español prescindiendo de tendencias y manifestaciones más generales. El segundo eje argumental que las articula se relaciona con el propio vocablo *memoria colectiva*, polisémico y plagado de sinuosidades, y que por su ambigüedad, como ha señalado Nora, tiene la ventaja de funcionar –a semejanza de lo sucedido con el de *mentalidad*– como una genérica noción *estratégica* capaz de abrir nuevos campos a la investigación⁴. Pero el hipotético rendimiento *práctico* que un concepto haya tenido no nos exime de su consideración crítica, con el fin de evitar, entre otras cosas, los sesgos interpretativos que pueda introducir. Necesitamos, por tanto, saber de qué estamos hablando (o sobre qué *pretendemos* tratar) al referirnos a la *memoria*, un término que, como ha señalado Gillis, se utiliza de forma tan excesiva que ha ido perdiendo significado “*en proporción directa al aumento creciente de su poder retórico*”⁵. Quiero anticipar que, sin negar otras derivaciones posibles y legítimas, me centraré especialmente en las conexiones de la memoria con el campo de las ideologías. Ello implica, ante todo, resaltar la pluralidad que la caracteriza (habría que hablar de *memorias* más que de *memoria*), pero no tanto en su acepción convencionalmente postmoderna (igual que se habla de multiplicidad de identidades o de *sentidos*) como en el de una diversidad de imágenes y representaciones del pasado engarzadas en las confrontaciones entre colectivos y grupos sociales y en los conflictos de poder.

Comenzando por la noción misma de memoria colectiva, podemos rastrear, *grosso modo* y de manera simplificada, tres grandes líneas o interpretaciones. La primera de ellas parte de la Psicología y la Sociología de entreguerras –décadas de 1920 y 1930–,

³ HUYSEN, A., *En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de globalización*. México, Fondo de Cultura Económica, 2002, pág. 20-21.

⁴ NORA, P., “Memoria colectiva” en LE GOFF, J. & *et.al.* (Dir.), *La Nueva Historia*. Bilbao, Mensajero, 1988, pág. 455.

⁵ Cit. en PEIRÓ MARTÍN, I., “La consagración...”, *op. cit.*, pág. 190.

plasmándose en su forma *canónica* en las tesis de Halbwachs. La segunda, que coincide con el paso del concepto a los estudios históricos, se relaciona con las nuevas corrientes de lo que genéricamente suele identificarse con el pensamiento de la Postmodernidad⁶. La tercera, menos definida, es la que sitúa a la memoria en el ámbito de las ideologías. Las tres resultan complementarias hasta un cierto nivel, en cuanto que reflejan dimensiones distintas de la memoria colectiva; más allá de esos límites, se vuelven incompatibles o contradictorias entre sí.

Situándonos en la primera de esas *tradiciones*, en Halbwachs vienen a converger la preocupación por la memoria propia del momento con la idea *fuerte*, característica de la escuela sociológica francesa, de la determinación social en las actitudes individuales. Según los planteamientos de Durkheim, los grupos piensan, sienten y obra de un modo distinto al de sus miembros particulares; hay, por tanto, algo que puede denominarse *conciencia colectiva* o *común*, un “*sistema determinado que tiene su vida propia*” y que está constituido por “*el conjunto de las creencias y sentimientos comunes al término medio de los miembros de una misma sociedad*”⁷.

Halbwachs hace suya la concepción de Durkheim, aunque la combine con otras influencias⁸. Su primera y fundamental obra en este campo, *Los marcos sociales de la memoria*, se sitúa en la perspectiva propia del *funcionalismo* durkheimiano y parte precisamente de su noción de conciencia colectiva. Según Halbwachs, el concepto de *representación colectiva*, que incluye tanto ideas como imágenes sensibles, permite “*explicar la producción o reproducción de los estados de consciencia individuales y, en particular, de los recuerdos*”. La infinidad de grupos humanos y su diversidad “*son resultado de un incremento de las necesidades como de las facultades intelectuales y organizadoras de la sociedad*”, la cual, como ya señalara Durkheim, no puede nacer del antagonismo o la guerra. La sociedad tiende a apartar de la memoria “*todo lo que podría separar a los individuos, alejar a los grupos los unos de los otros*”, pues no puede vivir sin que sus instituciones reposen sobre sólidas creencias colectivas que poseen una doble condición, ya que “*son unas tradiciones o unos recuerdos colectivos, pero también son unas ideas o unas convenciones que resultan del conocimiento del presente*”. El pensamiento social “*es básicamente una memoria*”, y “*todo su contenido está hecho de recuerdos colectivos, pero sólo permanecen presentes en la sociedad esos recuerdos que la sociedad, trabajando sobre sus marcos actuales, puede reconstruir*”⁹.

⁶ Admitiremos, con Eagleton, la diferencia entre Postmodernismo como corriente intelectual (*pensamiento débil*) y Postmodernidad como un “estilo de pensamiento” escéptico acerca de las nociones clásicas de verdad, totalidad, razón, progreso o emancipación, y sensible a lo contingente, la discontinuidad, la diferencia o la subjetividad. Véase EAGLETON, T., *Las ilusiones del Postmodernismo*. Barcelona, Paidós, 1997.

⁷ DURKHEIM, E., *Las reglas del método sociológico*. 3ª ed, Madrid, Morata, 1982, pág. 116. También *La división del trabajo social*. Madrid, Akal, 1982, pág. 94-95.

⁸ Recordemos que sus trabajos sobre la memoria colectiva son *Les cadres sociaux de la mémoire* (1925), *La topographie légendaire des Évangiles en Terre sainte* (1941) y los materiales póstumamente editados (en 1950) bajo el título *La mémoire collective*. Asimismo en 1939, en la *Revue philosophique*, publica su texto sobre “La mémoire collective chez les musiciens”.

⁹ HALBWACHS, M., *Los marcos sociales de la memoria*. Barcelona, Anthropos, 2004, pág. 314, 326, 336 y 342-344.

A juicio de Halbwachs, la memoria depende del entorno social, y en él adquirimos nuestros recuerdos, ubicados en marcos que son “*los instrumentos que la memoria colectiva utiliza para reconstruir una imagen del pasado acorde con cada época y en sintonía con los pensamientos dominantes de la sociedad*”. La memoria individual, incluso en sus aspectos aparentemente más íntimos, “*no es más que una parte y un aspecto de la memoria de grupo*”¹⁰. En contribuciones posteriores, Halbwachs va incorporando nuevos elementos. Así, en “*La mémoire collective chez les musiciens*” reflexiona sobre el papel del lenguaje en la memoria colectiva¹¹. En cuanto a su *Topografía legendaria...*, relaciona la memoria con los espacios físicos. La memoria de los grupos religiosos retiene *verdades reveladas*, pero una verdad “*para fijarse en la memoria de los grupos debe presentarse bajo la forma concreta de un suceso, de una figura personal o de un lugar*”¹².

Finalmente, en *La memoria colectiva*, se escudriña en los nexos entre memoria e Historia. Halbwachs distingue memoria autobiográfica e histórica; la primera se apoya en la segunda, ya que “*la historia de nuestra vida forma parte de la historia en general*”, y mientras que aquélla es “*más continua y densa*”, ésta “*sólo nos representaría el pasado de manera resumida y esquemática*”. En todo caso, la expresión *memoria histórica* no es afortunada, ya que “*asocia dos términos que se oponen en más de un aspecto*”. La Historia comienza “*en el punto donde se termina la tradición, momento en que se apaga o se descompone la memoria social*”. La memoria colectiva “*es una corriente de pensamiento continuo*”, ya que del pasado “*sólo retiene lo que aún queda vivo de él o es capaz de vivir en la conciencia del grupo que la mantiene*”, y “*por definición no va más allá de los límites de ese grupo*”; la Historia, por el contrario, se sitúa fuera de los grupos concretos y por encima de ellos. Hay varias memorias colectivas, pero la Historia es una. La Historia “*puede representarse como la memoria universal del género humano*”, mientras que toda memoria colectiva “*tiene como soporte un grupo limitado en el espacio y en el tiempo*”¹³.

Cualquiera que esté familiarizado con los debates actuales sobre la memoria colectiva o la denominada *memoria histórica* puede apreciar, más allá de coincidencias o discrepancias, la actualidad de estos planteamientos. Pero también nos interesan los efectos derivados de su vinculación con el *funcionalismo* de Durkheim y su escuela. A Durkheim se le ha reprochado ignorar las concepciones del mundo propias de cada clase; su preocupación excesiva por la estabilidad social y en consecuencia el tono conservador de sus propuestas; o haberse dejado arrastrar por la idea metafísica del *volksgeist*, otorgando, de manera idealista, un poder autónomo al *alma colectiva* con respecto a las condiciones materiales de existencia¹⁴. En la misma línea, a Halbwachs se le critica una cierta

¹⁰ *Ibidem*, pág. 7-11, 105 y 174. También analiza (págs. 175-316) la influencia en la memoria de distintos grupos, familia, comunidad religiosa y clase social.

¹¹ Texto del artículo, reproducido en anexo en HALBWACHS, M., *La memoria colectiva*. Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2004, pág. 163-190.

¹² HALBWACHS, M., *La topographie légendaire des Évangiles en Terre Sainte. Étude de mémoire collective*. 2ª ed. aumentada, París, Presses Universitaires de France, 1971.

¹³ HALBWACHS, M., *La memoria...*, *op. cit.*

¹⁴ BLONDEL, Ch., *Introduction a la Psychologie collective*. 6ª ed., París, Armand Colin, 1964, pág. 47-51; GURVITCH, G., *Teoría de las clases sociales*. Madrid, Cuadernos para el Diálogo, 1974, pág. 190-191; HARRIS, M., *El desarrollo de la teoría antropológica. Una historia de las teorías de la cultura*. 4ª ed., Madrid, Siglo XXI, 1983, pág. 404-416.

sobrevaloración de los efectos cohesivos de la memoria colectiva, así como haber colocado en segundo plano los mecanismos de transmisión o socialización de la misma, o bien ignorar la relación entre memoria y conflictos. Al fin y al cabo, para Halbwachs recordar es reforzar el vínculo social. Resulta llamativo que, en sus trabajos, están prácticamente ausentes los problemas derivados de los usos de la memoria (por ejemplo como instrumento del poder), su importancia ideológica y su papel en la pugna por la hegemonía social. Halbwachs no establece conexiones entre memoria colectiva y sufrimiento o trauma, ni analiza los actos conmemorativos, tal vez porque éstos afectan a las relaciones entre memoria y propaganda política¹⁵.

Parece sorprendente que la noción de memoria colectiva de Halbwachs, compañero de claustro en Estrasburgo de Bloch y Febvre y ligado a una corriente sociológica cuya influencia en los historiadores de *Annales* fue sido tan profunda, no haya sido acogida de manera más o menos inmediata por tan ilustres renovadores de la historiografía. Bloch dedicó una reseña crítica al libro de Halbwachs sobre los *marcos sociales*, y llegó a incluir en su síntesis sobre *La sociedad feudal* un breve apartado bajo el epígrafe “memoria histórica”, tratando también de “los modos de sentir y pensar”. Su estudio acerca de *Los reyes taumaturgos* ha sido tipificado como un ejemplo de historia de la memoria colectiva¹⁶. Sin embargo, lo cierto es que esta noción no se propaga entre los historiadores hasta la llamada *tercera generación* de *Annales*. Probablemente el mismo concepto de *mentalidad*, de progenie común con los de conciencia o memoria colectiva, al actuar como una *noción estratégica* que cubría campos temáticos próximos o afines, haya desempeñado en ese sentido un papel inhibitor. Los celos de los historiadores hacia la vieja identificación historia-memoria, en la perspectiva de una construcción rigurosa y científica de la disciplina, tal vez hicieron que fuera preciso en un primer momento disociar los dos planos, para más tarde repensar de nuevo sus interrelaciones¹⁷.

El cambio de actitud de los historiadores, en todo caso, hay que remontarlo prácticamente a las décadas de 1970 y 1980, en directa vinculación con el clima intelectual de la Postmodernidad. Las nuevas corrientes historiográficas no sólo incorporan el interés por la memoria colectiva (poniendo incluso en cuestión la vieja ruptura entre memoria e Historia), sino que aportan una concepción de la misma nutrida con elementos sensiblemente distintos de aquella que procede del objetivismo funcionalista de Halbwachs. Con el nuevo interés por el lenguaje y el discurso, la memoria puede llegar a convertirse en “*un discurso que reemplaza a la historia*”¹⁸. Las nuevas concepciones acerca de la memoria

¹⁵ AGUILAR FERNÁNDEZ, P., *Memoria y olvido de la Guerra Civil española*. Madrid, Alianza, 1996, pág. 40; ARÓSTEGUI, J., *La historia vivida. Sobre la historia del presente*. Madrid, Alianza, 2004, pág. 159-168; JELIN, E., *Los trabajos de la memoria*. Madrid, Siglo XXI, 2002, pág. 21; NAMER, G., *La commémoration en France de 1945 à nos jours*. París, L'Harmattan, 1987, pág. 5.

¹⁶ BLOCH, M., *La sociedad feudal*. Madrid, Akal, 1986, pág. 94-123; NOIRIEL, Gérard, *Qu'est ce que l'histoire contemporaine*. París, Hachette, 1998, pág. 199.

¹⁷ DOSSE, F., *La historia: conceptos y escrituras*. Buenos Aires, Nueva Visión, 2004, pág. 201.

¹⁸ MUDROVICIC, M^a. I., *Historia, narración y memoria. Los debates actuales en Filosofía de la historia*. Madrid, Akal, 2005, pág. 13 y 111 y ss; SPIEGEL, G., “Memoria e Historia: tiempo litúrgico y tiempo histórico” en CABRERA, M. A. & Mc MAHON, M., (Coords.), *La situación de la Historia. Ensayos de historiografía*. Santa Cruz de Tenerife, Servicio de Publicaciones de la Universidad de La Laguna, 2002, pág. 68-69.

colectiva, plenamente integradas ahora en el campo de los estudios históricos, se incardinan en un *triple viraje* en las disciplinas sociales: el *lingüístico*, el *hermenéutico* y el *subjetivo*¹⁹. Aunque no sin contradicciones (recuérdese su dinámica destructiva de la historicidad), las corrientes *postmodernas* han favorecido la preocupación por la memoria, ya que una Historia que rehúsa las explicaciones holísticas y evita los paradigmas globalizadores tiende a enfatizar los “lazos débiles”, entre ellos los de la memoria²⁰

Dentro de los rasgos propios de la Historia reciente, el *giro* subjetivista coloca en primer plano la noción de *experiencia vivida*, y la memoria, como señala Dosse, permite incorporar las experiencias a la Historia²¹. También el relativismo histórico contribuye a abrir un hueco a la legitimación de la memoria, al equiparar, al modo de Hayden White, los diferentes discursos, históricos o de ficción, en cuanto que todos ellos poseen una trama narrativa²². Asimismo, la aproximación hermenéutica, que desdeña los elementos estructurales para adentrarse en la *vida real* de las gentes, otorga una importancia fundamental al relato (entendido no como simple mecanismo de transmisión, sino como el contexto de producción de significados) y desplaza la atención al análisis del discurso; según Dosse, la articulación entre Historia y memoria se realiza precisamente “*por conducto del relato*”²³

En algunas especialidades historiográficas actuales, la memoria ocupa un lugar privilegiado, tal como sucede en la denominada Historia oral. Los testimonios personales permiten rastrear en la memoria colectiva en los trabajos de base histórico-etnográfica pero, más allá del uso documental de los recuerdos, el desarrollo de las corrientes hermenéuticas plantea el problema de manera distinta; se trata de utilizar la memoria como acto narrativo y mediación simbólica, de modo que nos informe no tanto sobre los hechos como acerca de la *interpretación* de los mismos por parte de los sujetos. El *giro interpretativo* en Historia oral, que puede datarse en la década de 1980, distinguiría este tipo de práctica de la meramente *reconstructiva*, siendo por tanto más fiel a los pliegues y sinuosidades de la memoria, sus mecanismos de deformación significativa entre otras cosas. Esta aproximación a los recuerdos contribuiría a “*argumentar a favor de la historia concebida como una forma de memoria*”. Fraser, de manera parecida, distingue esta modalidad de uso del testimonio oral (hermenéutica) de otras más etno-sociológicas, aunque a veces se entremezclen. Luisa

¹⁹ He tomado lo de *viraje hermenéutico* de HERNÁNDEZ SANDOICA, E., “El presente de la historia y la carambola del historicismo” en HERNÁNDEZ SANDOICA, E. & LANGA, A., *Sobre la Historia actual. Entre política y cultura*. Madrid, Abada, 2005, pág. 297. Lo de *giro subjetivo*, en SARLO, B., *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una reflexión*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2005, pág. 17-22.

²⁰ OLICK, J. K., “Memoria colectiva y diferenciación cronológica: historicidad y ámbito público” en *Ayer*, nº 32, (1998), pág. 119-145; VÁZQUEZ, F., *La memoria como acción social. Relaciones, significados e imaginario*. Barcelona, Paidós, 2001, pág. 24-25.

²¹ HERNÁNDEZ SANDOICA, E. “El presente...”, *op. cit.*, pág. 292, 305 y 307; DOSSE, J. F., “La Historia contemporánea en Francia” en *Historia Contemporánea*, nº 7, (1992), pág. 25-26; JELIN, E., *Los trabajos...*, *op. cit.*, págs. 32-34 y 64-67.

²² WHITE, H., *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. México, Fondo de Cultura Económica, 1992, pág. 13-50, 405-412 y otras; HERNÁNDEZ SANDOICA, E., “El presente...”, *op. cit.*, pág. 296-297.

²³ CARRERAS ARES, J. J., “Teoría y narración en la historia” en *Ayer*, nº 12, (1993), pág. 15-27; DOSSE, J. F. *La historia...*, *op. cit.*, pág. 220.

Passerini propone analizar, a través de la Historia oral, las “representaciones colectivas” en el sentido de Durkheim, mientras que Portelli afirma buscar, más que la reconstrucción de los hechos en sí, la memoria transmitida y construida de los mismos, ahondando de ese modo en el funcionamiento de la memoria colectiva²⁴

En general, los problemas de la memoria ocupan el primer plano de la llamada Historia del Tiempo Presente, de la que se ha afirmado que marca el inicio de la “era del testigo”. Según Aróstegui, el estudio del *tiempo presente* no pudo desarrollarse hasta la superación de un cierto temor a la memoria, a la que se liga indisolublemente la noción crucial de *experiencia vivida*²⁵.

Hay, además, un ámbito historiográfico de evidentes conexiones con los problemas de la memoria, que es la Historia de las mentalidades. Dentro de las “*formas de pensar y de sentir y de imaginar la realidad*” que Carlos Barros le atribuye, parecen encajar holgadamente la Historia de la psicología y la memoria colectivas. De algún modo, la consolidación de los recientes trabajos históricos sobre la *memoria* se produce en el seno de la evolución interna y las diversificaciones de esa amplia *matriz* que es la historia de las mentalidades, como una faceta del estudio de las *representaciones* del pasado²⁶.

Al lado de la visión halbwichiana, de estirpe *funcional*, y los planteamientos hermenéuticos, la perspectiva de ligar el estudio de la memoria al de la ideología no ha sido práctica excesivamente frecuente²⁷. Mudrovcic ha distinguido cuatro acepciones del término *memoria colectiva*: dos de ellas atañen a la dimensión social de los recuerdos de los sujetos individuales (el condicionamiento social de las memorias particulares a la manera de Halbwachs o Bartlett, y la memoria como transmisión de hábitos, prácticas o costumbres basadas en el cuerpo, al modo de la memoria-hábito de Bergson); pero además estaría la memoria incorporada a “*artefactos socialmente producidos y que son considerados repositorios de memoria colectiva*” (museos, archivos, monumentos, nombres de calles o plazas), y finalmente, la memoria de un grupo social como sujeto colectivo²⁸. Las dos últimas en especial –y los procesos de *socialización* incluidos en las dos primeras-, nos sitúan en el campo de las ideologías, que tienen, ciertamente, mucho que ver con las *políticas de memoria* en general de Estados, instituciones o colectivos humanos; con los intentos de *control del pasado* por los poderes establecidos; o con la *invención* de tradiciones y las

²⁴ DOSSE, J. F., *La Historia...*, *op. cit.*, pág. 219; HERNÁNDEZ SANDOICA, E., “El presente...”, *op. cit.*, pág. 293-294; MUDROVCIC, M^a. I., *Historia, narración...*, *op. cit.*, pág. 111-119; FRASER, R., “La Historia Oral como historia desde abajo” en *Ayer*, nº 12, (1993), pág. 79-92.

²⁵ ORMIÈRES, J. L., “Las fuentes orales: ¿instrumentos de comprensión de lo pasado o de lo vivido?” en *Historia, Antropología y Fuentes Orales*, 3ª época, nº 30, (2003), pág. 124; ARÓSTEGUI, J., *La historia vivida...*, *op. cit.*, *passim*, especialmente págs. 19-61 y 142-193.

²⁶ BARROS, C., “La contribución de los terceros *Annales* a la historia de las mentalidades” en GONZÁLEZ MÍNGUEZ, C. (Ed.), *La Otra Historia. Sociedad, cultura y mentalidades*. Bilbao, Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco, 1993, pág. 98.

²⁷ HERNÁNDEZ SANDOICA, E., *Tendencias historiográficas actuales: escribir historia hoy*. Madrid, Akal, 2004. pág. 544-545.

²⁸ MUDROVCIC, M^a. I., “Memoria y narración” en CRUZ, M. & BRAUER, D., *La comprensión del pasado. Escritos sobre filosofía de la historia*. Barcelona, Herder, 2005, pág., 135-139.

peculiares incorporaciones de la historia por parte de movimientos de rebeldía social, por señalar algunos ejemplos significativos²⁹

Un intento de establecer las relaciones memoria-ideología, desde la óptica de la organización retórica de los recuerdos colectivos, es el que ha planteado Michael Billig. Según él, si la memoria resulta colectivamente determinada, “*también lo sería ideológicamente, dado que los procesos colectivos que permiten que se dé la memorización son parte de patrones ideológicos más amplios*”. La memoria sería, pues, parte de las ideologías y de la reproducción de las relaciones de poder³⁰. Pero hablar de memoria colectiva como ideología implica acercarnos, sobre todo, a la tradición marxista que, si bien apenas ha desarrollado como tales las cuestiones relacionadas con la memoria, alberga en cambio conceptos englobantes que permiten incorporarlas a los análisis del conflicto, la reproducción social y las relaciones de poder. Otra cuestión es que alguna de estas nociones no haya tenido un tratamiento unívoco, como sucede con la de *ideología*³¹.

El propio Marx usa el término *ideología* de formas diversas, en todo caso relacionadas con la legitimación del orden social y con la dislocación e inversión de la realidad, aspectos nada disonantes con lo que se entiende por memoria colectiva³². Para Marx, la ideología abarca mucho más que sistemas articulados de ideas; así, al definir la *superestructura ideológica*, incluye “*sentimientos, ilusiones, modos de pensar y concepciones de la vida diversos y plasmados de un modo peculiar*” que la clase crea y que al individuo se le insuflan a través de la tradición y la educación. Además de ello, reflexiona ocasionalmente sobre las pervivencias del pasado y el uso de la historia para interpretar las luchas del presente. El papel que atribuye a los *recuerdos colectivos* puede apreciarse también, por ejemplo, en sus observaciones acerca del *mito napoleónico* difundido entre los campesinos franceses³³.

En la trayectoria posterior del marxismo, habitualmente se ha contemplado, dentro del vasto campo de la ideología, el papel histórico de las “concepciones del mundo” y la presencia de elementos que, en otra tradición, han sido comunmente incluidos dentro de las *mentalidades colectivas*. Para Lukács, la “concepción del mundo de una clase”, que determina su “actuación histórica”, incluye tanto sentimientos como pensamientos; Lucien Goldmann tomará algunas de sus observaciones, mezclándolas con las procedentes de Dilthey, vinculando esta idea de “concepción del mundo” al concepto sociológico de

²⁹ HOBBSAWM, E. J., & RANGER, T. (Eds.), *La invención de la tradición*. Barcelona, Crítica, 2002. Sobre asunción del pasado por movimientos de protesta social, recuérdense las observaciones de CHESNEAUX, J., *¿Hacemos tabla rasa del pasado? A propósito de la historia y los historiadores*. 3ª ed, Madrid, Siglo XXI, 1981.

³⁰ BILLIG, M., “Memoria colectiva, ideología y familia real británica” en MIDDLETON, D. & EDWARDS, D. (Compil.), *Memoria compartida. La naturaleza social del recuerdo y el olvido*. Barcelona, Paidós, 1992, pág. 77-96.

³¹ Véase EAGLETON, T., *Ideología. Una introducción*. Barcelona, Paidós, 2005.

³² *Ibidem*, págs. 83-84, 110-111 y 117-118. Cuando Berger y Luckmann aluden a la incidencia de los recuerdos en la dialéctica social, mencionan precisamente la afirmación de Marx según la cual las ideas de la clase dominante son las ideas dominantes. Véase MONTESPERELLI, P., *Sociología de la memoria*. Buenos Aires, Nueva Visión, 2005, pág. 44.

³³ MARX, K., “El 18 Brumario de Luis Bonaparte” en MARX, K. & ENGELS, F., *Obras escogidas*, t. I, pág. 276 y 247.

“conciencia colectiva”³⁴. Una vía distinta, interesante aunque a la postre poco lograda, es la que sigue Wilhelm Reich: la de la integración de Marx y Freud en un proyecto de psicología de masas³⁵. Casi al mismo tiempo, Gramsci subrayaba el carácter organizador y práctico de las ideologías, que abarcan también las dimensiones no conscientes ni articuladas de la experiencia social; el concepto gramsciano de “ideología de masas” se asemeja bastante al de “cosmovisión”, “visión del mundo” o “mentalidad”³⁶.

Por no alargar más las referencias, se ha señalado, asimismo, la semejanza de la noción de ideología en Althusser con la de memoria colectiva de Halbwachs, o con la de *representación*³⁷. Para Althusser, la ideología es “un sistema (que posee su lógica y su rigor propios) de representaciones (imágenes, mitos, ideas o conceptos según los casos), dotados de una existencia y un papel histórico en el seno de una sociedad dada”. No es un simple conjunto de creencias (y mucho menos de ideas), sino una relación vivida del hombre con sus condiciones de existencia. La ideología *interpela* a los individuos convirtiéndolos en sujetos, amoldándolos a las estructuras y a la vez ocultándoles su papel como agentes de las mismas. Como “representación del mundo” y deformación socialmente necesaria, la ideología es *activa*, reforzando o modificando las relaciones de los hombres, e incluye muchos aspectos que son más “inconscientes” que propios de la consciencia³⁸.

2. Memoria y trauma. “Deber de memoria” y memoria histórica.

Hasta el momento, hemos ido discuriendo en torno al concepto de memoria colectiva y sus diversas connotaciones. Pero más allá del debate académico, los problemas derivados de la memoria se entremezclan con los conflictos políticos, sociales e ideológicos de cada época, de los que reciben su aliento e inspiración. Así, la memoria del antifascismo ha sido durante décadas una de las señas básicas de identidad de la izquierda europea; de ahí el interés del *revisionismo* historiográfico por la demolición de la imagen épica de la Resistencia. Otro ejemplo: la *nueva derecha* anglosajona de la década de 1980 utilizó habitualmente la historia buscando en el pasado el recuerdo de glorias imperiales o venerandas tradiciones; Margaret Thatcher rememoraba insistentemente la época victoriana, para defender la libertad de empresa o la iniciativa de la *sociedad civil*, y valores

³⁴ LUKÁCS, G., *Historia y consciencia de clase*. Barcelona, Grijalbo, 1975, pág. 49-88; EAGLETON, T., *Ideología*, *op. cit.*, pág. 129-145; BARROS, C., “La contribución...”, *op. cit.*, pág. 94-95; GOLDMANN, L., *El hombre y lo absoluto. El dios oculto*. Barcelona, Península, 1985, pág. 25-33 y otras.

³⁵ REICH, W., *La psicología de masas del fascismo*. México, Roca, 1973.

³⁶ GRAMSCI, A., *Cuadernos de la cárcel*. Ed. crítica de Valentino Gerratana, México, Era, 1999-2000, t. 3, pág. 159-170, y t. 4, pág. 200-201; DÍAZ-SALAZAR, R., *El proyecto de Gramsci*. Barcelona, Anthropos, 1991, pág. 26.

³⁷ COLMEIRO, J. F., *Memoria histórica e identidad cultural. De la postguerra a la postmodernidad*. BARCELONA, Anthropos, 2005, pág. 16; RICOEUR, P., *Ideología y utopía*. Barcelona, Gedisa, 2001, pág. 141-190.

³⁸ ALTHUSSER, L., *La revolución teórica de Marx*. 12ª ed, México, Siglo XXI, 1974, pág. 193-195; ALTHUSSER, L., & *et. al.*, *Polémica sobre marxismo y humanismo*. 6ª ed., México, Siglo XXI, 1974, pág. 179-186.

como la moral del trabajo, la *decencia* o el orgullo nacional³⁹. El uso de la *memoria* es, pues, selectivo y polivalente.

En Francia los grandes controversias se han generado alrededor de la Revolución de 1789 o del régimen de Vichy, el colaboracionismo en la Segunda Guerra mundial y algunos episodios de la descolonización, como la guerra de Argelia⁴⁰. En Italia, el centro mismo del debate es la Resistencia y las actitudes de la población ante la ocupación alemana, concebida cada vez más, especialmente por los *revisiónistas*, como una guerra civil entre italianos⁴¹. En Alemania, la *polémica de los historiadores* ha mostrado la importancia de la consideración del pasado nazi en la identidad nacional actual⁴². Los países de la Europa del Este han sido calificados, tras la caída del *socialismo real*, como “*tierra elegida de la memoria colectiva*” y “*espacio atravesado por sus guerras de memoria siempre dispuestas a reavivarse*”⁴³. En América Latina, el resurgir de la memoria parte de la oleada reivindicativa que, desde la década de 1980, recorre diversos países recientemente salidos de unas dictaduras militares de fuerte componente represivo⁴⁴.

Al margen de las heridas abiertas o de las rememoración de experiencias particularmente lacerantes, es evidente que en todos estos procesos de generación o choque de memorias colectivas opera el trasfondo insoslayable de los debates y las confrontaciones del presente. Esta intencionalidad política es incluso perceptible en fenómenos que tendemos a identificar con la infamia en estado puro, como la Shoah (Holocausto), calificada por Primo Levi como “*una guerra contra la memoria, una falsificación orwelliana de la memoria*”, y que es sin duda la gran metáfora de la barbarie del siglo XX y el elemento fundacional de la nueva *religión cívica* del denominado *deber de memoria*. Sin embargo, la activación de la conciencia colectiva sobre el alcance del Holocausto no tuvo lugar prácticamente hasta la década de 1980. A ello contribuyeron, más que las rememoraciones impactantes de algunos supervivientes, la cinematografía o la

³⁹ KAYE, H. J., “Uso y abuso del pasado: la nueva derecha y la crisis de la historia” en MILIBAND, R., PANITCH, L., & SAVILLE, J. (Eds.), *El neoconservadurismo en Gran Bretaña y Estados Unidos*. Valencia, Alfons el Magnànim, 1992, pág. 285-326.

⁴⁰ Por citar algunas referencias básicas, véase DAVALLON, J., DUJARDIN, P., & SABATIER, G., (Dir.), *Politique de la Mémoire. Commémorer la Révolution*. S/l, Pul, 1993; ROUSSO, H., *Le syndrome de Vichy de 1944 à nos jours*. 2ª ed. revisada y puesta al día, París, Du Seuil, 1990; STORA, B., *La gangrène et l'oubli. La mémoire de la guerre d'Algérie*. París, La Decouverte, 1992.

⁴¹ GAGLIANI, D., “La Segunda Guerra Mundial y la Resistencia” en *Ayer*, nº 36, (1999), pág. 241-260; PORTELLI, A., “Memoria e identidad. Una reflexión desde la Italia postfascista” en JELIN, E., & LANGLAND, V., *Monumentos, memoriales y marcas territoriales*. Madrid, Siglo XXI, 2003, pág. 165-190.

⁴² Véase MAIER, Ch. S., *The Unmasterable Past. History, Holocaust and German National Identity*. Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press, 1988. Resumen de las distintas posturas, en BERNECKER, W., L., “El uso público de la historia en Alemania: los debates de fin del siglo XX” en CARRERAS, J. J. & FORCADELL ÁLVAREZ, C. (Eds.), *Usos públicos de la Historia*. Madrid, Marcial Pons / Prensas Universitarias de Zaragoza, 2003, pág. 69-87.

⁴³ BROSSAT, A. & *et al.*, *En el Este, la memoria recuperada*. Valencia, Alfons el Magnànim, 1992; BARAHONA DE BRITO, A., AGUILAR FERNÁNDEZ, P. & GONZÁLEZ ENRÍQUEZ, C. (Eds.), *Las políticas hacia el pasado. Juicios, depuraciones, perdón y olvido en las nuevas democracias*. Madrid, Istmo, 2002, pág. 321-434.

⁴⁴ Sobre el particular, el equipo coordinado por Elizabeth Jelin ha publicado diversos trabajos. Véase también BARAHONA DE BRITO, A. & *et al.*, *Las políticas...*, *op. cit.*, pág. 195-284.

televisión. Y no son pocos los que, desde posiciones en las antípodas de cualquier matiz *negacionista*, han subrayado la utilización que de la tragedia judía han hecho el Estado de Israel para su propia legitimación, o los *lobbies* judíos norteamericanos que lo apoyan⁴⁵.

Más allá de este ejemplo único, la estructura de la memoria “*se ha fraguado en torno a las grandes catástrofes*”⁴⁶. Rouso, refiriéndose a Francia, señalaba el influjo esencial de algunos acontecimientos claves en la memoria colectiva (la Revolución, la Segunda Guerra mundial...) y de determinadas crisis que se van alimentando de las precedentes (*affaire Dreyfus*, Vichy, guerra de Argelia)⁴⁷. En ese sentido, un papel muy importante lo cumplen las guerras. Los sucesos impactantes pueden llegar a convertirse, según LaCapra, en auténticos *traumas fundacionales*, sustentos de identidad colectiva o base de la reivindicación de un estatuto privilegiado por parte de las víctimas⁴⁸.

La ligazón de los principales movimientos reivindicativos de la memoria a las víctimas de la represión o de traumas colectivos ha alimentado la noción de *deber de memoria*, que se ha relacionado, ante todo, con el Holocausto, pero que es extensible a otros procesos; en América Latina, desde luego, se vincula al recuerdo de la represión de las dictaduras militares y los *desaparecidos*. Resulta elocuente, como se ha apuntado, que el miedo al olvido se relacione con fenómenos que comparten la falta de sepulturas, “*tan importantes como fuentes de la memoria humana*”⁴⁹.

La idea del *deber de memoria* es, sin duda, polémica, ya que recordar es siempre un ejercicio contradictorio; no hace falta recurrir a Nietzsche o a Renán para saber que el olvido selectivo, voluntario o “inconsciente”, puede considerarse también una necesidad de las naciones, las sociedades o los grupos humanos⁵⁰. Con frecuencia va acompañada de la contraposición –a menudo implícita– entre la Historia *oficial* (escrita por los dominadores) y la memoria (conservada por los dominados), otorgando valor supremo al testimonio frente a las *tergiversaciones* de una Historia juzgada incapaz de *comprender* lo que realmente sucedió; la memoria colectiva es concebida como una especie de “impulso moral” solidario con los vencidos⁵¹. De ese modo, adquiere un carácter *emancipador*, a la manera marxista-

⁴⁵ LEVI, P., *Los hundidos y los salvados*. Barcelona, Muchnik, 2001, pág. 29. Importancia del Holocausto en el auge de la memoria, en WIEVIORKA, A., “From survivor to witness: voices from the Shoah” en WINTER, J. & SIVAN, E., *War and Remembrance in the Twentieth Century*. Cambridge, Cambridge University Press, 1999, pág. 125-141. Sobre *utilización* interesada de la Shoah, véase FINKELSTEIN, N. G., *La industria del Holocausto. Reflexiones sobre la explotación del sufrimiento judío*. Madrid, Siglo XXI, 2002.

⁴⁶ MATE, R., “¿Recordar para mejor olvidar?”, *El País*, 27 de septiembre de 2003.

⁴⁷ ROUSSO, H., *Le syndrome...*, *op. cit.*, pág. 11-12.

⁴⁸ ARÓSTEGUI, J., “Traumas colectivos y memorias generacionales: el caso de la guerra civil” en ARÓSTEGUI, J. y GODICHEAU, F. (Eds.), *Guerra Civil. Mito y Memoria*. Madrid, Marcial Pons, 2006, pág. 64-65; WINTER, J. & SIVAN, E., *War and Remembrance...*, *op. cit.*, pág. 17-19; LaCAPRA, D., *Escribir la historia, escribir el trauma*. Buenos Aires, Nueva Visión, 2005, pág. 46-47, 99-100 y otras.

⁴⁹ JELIN, E., *Los trabajos...*, *op. cit.*, pág. 3-6; HUYSSSEN, A., *En busca...*, *op. cit.*, pág. 24.

⁵⁰ Críticas a la idea de *deber de memoria* en TODOROV, T., *Memoria del mal, tentación del bien. Indagación sobre el siglo XX*. Barcelona, Península, 2002, pág. 191-211.

⁵¹ TOURAINE, A., “Memoria, historia, futuro” en ACADEMIA UNIVERSAL DE LAS CULTURAS, *¿Por qué recordar?* Barcelona, Granica, 1999, pág. 201; JELIN, E., *Los trabajos...*, *op. cit.*, pág. 61-62.

teológica planteada por Walter Benjamin, con su idea de la redención a través de la recuperación desde el presente de la experiencia de los derrotados⁵².

Según Benjamin, el presente *elige* su propio pasado y lo reactualiza. Frente a la visión historicista, sustentada en la idea de progreso, propia de los vencedores, un materialismo histórico renovado debe romper la continuidad y extraer de la historia las esperanzas no realizadas. La clase obrera llevará hasta el final la obra emancipadora “*en nombre de las generaciones vencidas*”; su odio y su voluntad de sacrificio “*se alimentan de la imagen de los antecesores esclavizados y no del ideal de los descendientes liberados*”⁵³. En definitiva, la revolución, invirtiendo la expresión marxiana, extrae su *poesía* del pasado y no del porvenir.

Las tesis de Benjamín suscitan además otros asuntos de especial relevancia: la importancia políticamente estratégica de los *combates por el pasado* y las relaciones entre memoria e Historia. En cuanto al primer aspecto, bueno es recordar que, dado que las sociedades están constituidas por grupos con intereses y valores diferentes, la memoria colectiva es intrínsecamente plural. Nunca hay una memoria y una interpretación única del pasado compartidas por toda la sociedad, aunque se registren momentos de mayor acuerdo. La transmisión de saberes y sentidos del pasado “*se torna una cuestión abierta y pública, objeto de luchas estratégicas*”, y no pocas veces es concebida, por los sectores no hegemónicos, como una batalla contra el olvido o, en todo caso, contra la memoria oficial⁵⁴.

En general, las estrategias de poder y los conflictos ideológicos condicionan y determinan procesos de resurgimiento o desarrollo de la memoria en absoluto espontáneos. Así, el *revival* de las memorias alternativas a las antaño oficiales en los países de la Europa centro-oriental suele analizarse a modo de una realidad reprimida que ahora brota al abrirse el dique que lo impedía; pero más bien debería entenderse en términos de victoria política de los derrotados en 1944-48, con nuevas memorias que introducen sesgos y deformaciones interpretativas de signo bien distinto⁵⁵. Más allá de las realidades internas de estos países, el contexto general es el de un ajuste de cuentas con el comunismo, que supone el borrado o la reescritura de su misma memoria⁵⁶. Ni siquiera los muertos –como decía Benjamin– parecen seguros ante el enemigo, si éste vence.

⁵² Un estudio de la obra de Benjamin desde esa perspectiva en LÖWY, M., *Walter Benjamin: aviso de incendio*. México, Siglo XXI, 2002. Para otros matices, véase EAGLETON, T., *Walter Benjamin o hacia una crítica revolucionaria*. Madrid, Cátedra, 1998.

⁵³ BENJAMIN, W., *Discursos interrumpidos I*. Madrid, Taurus, 1990, pág. 99-101, 112-114 y 179-191; También su *Libro de los Pasajes*. Madrid, Akal, 2005, pág. 145, 462-463, 472-473, 476-478, etc.

⁵⁴ JELIN, E., *Los trabajos...*, *op. cit.*, pág. 6 y 124-125; JELIN, E. (Compil.), *La conmemoración. Las disputas en las fechas “in-felices”*. Buenos Aires, Siglo XXI, pág. 1-7.

⁵⁵ Véase BROSSAT, A. & *et. al.*, *En el Este...*, *op. cit.*; BARAHONA DE BRITO, A. & *et. al.*, *Las políticas...*, *op. cit.*, pág. 321-434; BARTOSEK, K., “Los regímenes poscomunistas y la memoria del tiempo presente” en *Ayer*, nº 32, (1998), pág. 105-118.

⁵⁶ El *Libro negro del comunismo*, editado en Francia en 1997, amparaba su propósito en “un deber relacionado con la memoria”. Véase COURTOIS, S. & *et. al.*, *El Libro Negro del Comunismo. Crímenes, terror y represión*. Madrid-Barcelona, Espasa Calpe-Planeta, 1998, pág. 29-31 y 43; TRAVERSO, E., *Le passé...*, *op. cit.*, pág. 54, ha señalado esta inversión de la memoria comunista, que ahora aparece casi clandestinizada, y se perpetúa “*como recuerdo de una comunidad de vencidos, estigmatizada si no abiertamente criminalizada por el discurso dominante*”.

No es el único caso de este género que podemos mencionar. Las batallas por la memoria en América Latina han enfrentado a sectores de las *sociedades civiles* no sólo con los partidarios de las extintas dictaduras militares, sino también con gobiernos postdictatoriales como el de Chile, donde la pervivencia básica del mismo tipo de política económica (por tanto de idénticos beneficiarios) y una estrategia de transición *controlada* impuso durante mucho tiempo una “*amnesia histórica exigida por un sistema ilegítimo que precisa borrar sus orígenes*”⁵⁷.

El *revisiónismo historiográfico* ha ido incidiendo en otros temas, como el pasado nazi o fascista, el colonialismo, etc.⁵⁸ Por citar uno de esos ejemplos, con la crisis del *tercermundismo* y la caída del *socialismo real* resurge nuevamente, tras la *década prodigiosa* de Thatcher y Reagan, la *memoria* de una Europa civilizadora y difusora de los valores democráticos a lo largo y ancho del mundo. Tal como señala Sophie Bessis, “*Occidente parecía haber aceptado que no era el único en el mundo, y que no era el único que tenía una historia, pero la restauración que comienza a principios de los años ochenta se ocupa de eliminar las dudas y de darle de nuevo, en la conciencia colectiva, el lugar que por un momento pareció haber perdido*”⁵⁹. Es la misma *Europa* que, en el Preámbulo de un Tratado constitucional que viene precisamente a consagrar las políticas iniciadas en la década de los ochenta, afirma inspirarse en “*la herencia cultural, religiosa y humanista (...) a partir de la cual se han desarrollado los valores universales e inalienables de la persona humana, la democracia, la igualdad, la libertad y el Estado de Derecho*”. La memoria es siempre selectiva y era esperable que dicho preámbulo se mostrara amnésico sobre la otra cara de *Europa*, la de los abusos coloniales, la de las grandes guerras del siglo XX o la de tan notables europeístas (cada uno a su modo) como Napoleón y Hitler.

Los debates a los que nos estamos refiriendo plantean de una u otra manera, las relaciones entre memoria e Historia. La mayoría de los historiadores se muestran de acuerdo en marcar claramente la diferencia. Por ejemplo, para Nora, la memoria se sustenta en grupos vivos y se encuentra en evolución permanente, es vulnerable a utilidades y manipulaciones, es *sacralizante* y susceptible de latencias y repentinas revitalizaciones; por el contrario, la Historia constituye un operación intelectual *laicizante*, caracterizada por el análisis y el discurso crítico. La Historia trabaja destruyendo la memoria espontánea⁶⁰. La memoria está ligada a la subjetividad, y, por eso los testigos de un acontecimiento, con frecuencia, no se sienten reflejados por los historiadores⁶¹.

Las diferencias entre Historia y memoria son, pues, evidentes, pero las relaciones entre ambas distan de resultar simples, y además, actualmente, la difuminación de una Historia científica y crítica, la equiparación entre distintos tipos de narrativas, el relativismo o la subjetivización de la Historia acortan las distancias. La fragmentariedad de la memoria –

⁵⁷ MEDINA DOMÍNGUEZ, A., *Exorcismos de la memoria: políticas y poéticas de la melancolía en la España de la transición*. Madrid, Libertarias / Prodhufi, 2001, pág. 186.

⁵⁸ Algunos casos en CALCHI NOVATI, G. & et. al., *Politiche della memoria*. Roma, Manifestolibri, 1993.

⁵⁹ BESSIS, S., *Occidente y los otros. Historia de una supremacía*. Madrid, Alianza, 2002, pág. 92 y ss.

⁶⁰ NORA, P., “Entre Mémoire et Histoire” en NORA, P. (Dir.), *Les Lieux de Mémoire*. París, Gallimard, 1997, t. I, pág. 24-26.

⁶¹ MONTESPERELLI, P., *Sociología...*, op. cit., pág. 117-118.

recuerda Beatriz Sarlo- es innegable, pero *“todo es fragmentario desde mediados del siglo XX”*. No es extraño que Ricoeur o Gadamer defiendan una cierta continuidad entre una y otra⁶².

En la actualidad, con la relevancia de unos medios de comunicación que proveen abundantemente de relatos, la memoria y la Historia mantienen cotidianamente una relación de ósmosis; la memoria asimila informaciones procedentes de la Historia y ésta usa cada vez más testimonios y recuerdos como fuentes⁶³. Esto evidentemente no cuestiona el estatuto separado de ambas nociones, pero resalta las conexiones. Intensificar el acercamiento permitiría, según algunas opiniones, servir mejor a la sociedad y asegurar el futuro mismo de la profesión de historiador; si despreciamos la memoria cultural que nos rodea, *“nuestro mensaje caerá en oídos sordos y quedaremos cautivos en una torre de marfil, independientemente de donde ejerzamos nuestro oficio”*. Se trata, pues, de una perspectiva pragmática. Vidal-Naquet, en cambio, lo plantea desde una óptica ético-política, y reconociendo las diferencias entre Historia y memoria, lamenta que sean pocos los historiadores *“que aprendieron a reflexionar sobre la memoria, a sacar provecho de las transformaciones que ella aporta a la representación del pasado a lo largo de la vida humana o incluso en la sucesión de las generaciones”*; los testigos, como algunos cronistas del gueto de Varsovia, pueden recoger dimensiones de la realidad que ignora una Historia hecha física y simbólicamente desde “fuera del muro” que separaba la Varsovia judía de la aria⁶⁴.

Los vínculos inevitables entre memoria e Historia no implican que ambas deban confundirse. Como ha señalado Portelli, la utilidad de los testimonios es de un orden distinto al de su estricta coincidencia con los hechos *objetivos*. La misma parcialidad de la memoria se deriva de la posición *interna* del protagonista frente a la *externa* del historiador. Nadie mejor para explicarlo que Primo Levi, con un ejemplo que extrema las limitaciones del testigo: los prisioneros no podían tener una visión conjunta de los campos (como tampoco- añadiríamos- los soldados rasos de una batalla), además de que la mayor parte carecían de *“un fondo cultural que les permitiese interpretar los hechos que presenciaban”*⁶⁵. Perspectivas que, desde su externalidad y su *oficio*, sí posee el historiador.

Las implicaciones mutuas de memoria e Historia se proyectan hacia el uso mismo de los conceptos, sobre los cuales existe una evidente fluctuación. Muchos utilizan indistintamente términos como memoria social, memoria cultural, memoria colectiva o memoria histórica, u optan por uno de ellos sin más complicaciones⁶⁶. Lavabre ha planteado, en forma propositiva, una terminología que parte de la diferenciación de memoria colectiva,

⁶² SARLO, B., *Tiempo pasado...*, *op. cit.*, pág. 136; RICOEUR, P., *La lectura del tiempo pasado: memoria y olvido*. Madrid, Arrecife, 1998, pág. 41-45.

⁶³ VÁZQUEZ, F., *La memoria como acción...*, *op. cit.*, pág. 56.

⁶⁴ DOSSE, F., *La historia...*, *op. cit.*, pág. 217-220; BRITTON, D. F., “Historia pública y memoria pública” en *Ayer*, nº 32, (1998), pág. 147-162; VIDAL-NAQUET, P., *Los judíos, la memoria y el presente*. México, Fondo de Cultura Económica, 1996, pág. 250-251.

⁶⁵ LEVI, P., *Los hundidos...*, *op. cit.*, pág. 14-16.

⁶⁶ MUDROVICIC, M^a. I., “Memoria y narración”, *op. cit.*, pág. 135, se refiere a este uso indiferenciado.

memoria histórica y memoria común, sugerente pero tal vez algo enrevesada por la introducción del tercero de los conceptos⁶⁷.

La noción que sustenta en mayor medida las pretensiones militantes de recuperación del pasado es, sin duda, la de *memoria histórica*, al menos en nuestro país, pero a la vez resulta ser (tal vez por ello) una de las más discutibles. Cuando no se aplica en sinonimia con otras nociones, la *memoria histórica* suele arrastrar dos tipos de connotaciones: las relaciones de la memoria personal con acontecimientos o procesos históricos, y las vinculaciones pasado-presente. El primer tipo de acepciones, que tiene su precedente en Halbwachs, remite a la idea de *memoria histórica* como una especie de *combinación* de memoria colectiva y conciencia histórica⁶⁸. El segundo, alude a la capacidad de influir sobre el presente. Según Lavabre, la *memoria histórica* no designa lo vivido, ni la experiencia, ni los recuerdos (aspectos propios de la memoria colectiva), sino el proceso por el cual los conflictos e intereses actuales operan sobre la historia; la memoria histórica, por tanto, abarcaría los usos de la historia tal como la incorporan los grupos sociales, partidos, iglesias, naciones o Estados, en una apropiación selectiva y plural que resalta las similitudes entre pasado y presente. Estaría dotada de finalidad y guiada por un interés que no es el del conocimiento, sino la legitimación, la polémica, la conmemoración o la identidad⁶⁹.

La noción de *memoria histórica*, como ya señalara Halbwachs, tiene el inconveniente de juntar en una sola expresión realidades en parte contradictorias, dando patente *científica* a pretensiones que son en principio políticas (aunque no por ello menos legítimas), generando las consiguientes confusiones. Además, cuando se liga a la idea de *recuperación*, nos ofrece la imagen de un depósito de conocimientos enterrados por la represión o el olvido impuesto, que la emergencia del testimonio (o la labor exhumadora del experto) saca a la luz, cumpliendo así con las exigencias de justicia o reparación (*deber de memoria*). Planteada en estos términos, la noción incorpora rasgos ciertamente metafísicos⁷⁰.

3. Acerca de la memoria de la represión franquista: de la *confrontación* a la *reconciliación*.

Insertar el caso español dentro de los debates político-sociales sobre la *memoria* y los procesos contemporáneos de construcción de las memorias colectivas no resulta fácil,

⁶⁷ LAVABRE, Marie-Claire, "Sociología de la memoria y acontecimientos traumáticos" en ARÓSTEGUI, J. & GODICHEAU, F. (Eds.), *Guerra Civil...*, op. cit., pág. 31-55.

⁶⁸ COLMEIRO, J. F., *Memoria histórica...*, op. cit., pág. 17-18. Según él, la memoria colectiva abarca un conjunto de experiencias, tradiciones, prácticas y ritos sociales compartidos por un grupo, pero no va necesariamente acompañada de una conciencia histórica.

⁶⁹ AGUILAR FERNÁNDEZ, P., *Memoria y olvido...*, op. cit., pág. 35-36; LAVABRE, Marie-Claire, "Sociología de la memoria...", pág. 43-44.

⁷⁰ MORADIELLOS, E., *La persistencia del pasado. Escritos sobre la historia*. Cáceres, Universidad de Extremadura, 2004, pág. 19-43. Moradiellos prefiere hablar de *conciencia histórica*, que incluiría también elementos de "memoria" compartida, pero esta noción no parece superar algunos problemas de la anterior; no olvidemos que la matriz del concepto de memoria colectiva es precisamente la durkheimiana de *conciencia* colectiva. Críticas semejantes en BUENO, G., "Sobre el concepto de 'memoria histórica común'" en la revista digital *El Catoblepas*, nº 11, (2003), <http://www.nodulo.org/ec>.

ya que en nuestro país los estudios en este campo se han iniciado muy recientemente y son todavía escasos. Hasta 1996 no se publicó un trabajo con pretensiones de sistematicidad sobre la memoria de la Guerra Civil (el de Paloma Aguilar); diez años más tarde, la carencia de investigaciones monográficas es ostensible, no obstante haberse iniciado ya, con mejor o peor fortuna, los análisis de *lugares* y *políticas* de memoria, utilizando conceptos o modelos foráneos, especialmente franceses⁷¹.

En todo caso, los avances hasta ahora realizados nos permiten constatar dos cuestiones previas que, pese a su obviedad, merecen ser resaltadas y que, ajustándose a la evolución española, reflejan además fenómenos parecidos de otros lugares. Me refiero a la centralidad de la Guerra en las memorias colectivas y al carácter secuencial o por etapas que caracteriza el despliegue de su recuerdo, o lo que Régine Robin prefiere llamar *ritmos* de su tejer y destejer⁷². En España se cumple sobradamente aquella observación de que las guerras modernas, como conflictos totales, son un potente generador de memorias. Es difícil negar que la contienda de 1936-1939 y el “*extraordinario fenómeno de actuación represiva que acompañó y siguió a la guerra misma*” son elementos centrales en nuestra memoria colectiva⁷³.

En cuanto a la fisonomía cambiante que va adquiriendo la memoria de la Guerra y la represión a lo largo del tiempo, viene sin duda condicionada por los cambios internos del país, pero con manifestaciones que recuerdan, *mutatis mutandis*, a lo sucedido en otros contextos. Así, en Francia, la memoria de Vichy atravesó distintas fases: reconstrucción y memoria *patriótica* en los primeros años; desaparición del tema del debate público; retorno (*retour du refoulé*) tras el 68; hipermnesis u obsesión por el pasado desde hace unos veinte años⁷⁴. Esta evolución es, a juicio de Aróstegui, similar (con las debidas distancias) a la de la memoria de la Guerra Civil en España. El mismo historiador español apunta, en un esquema del que nos serviremos en esta exposición, a tres tipos de memorias sucesivas sobre el conflicto español: la de *confrontación* o *identificación* con los bandos en lucha; la de *reconciliación* o superación del trauma colectivo; y la de *restitución* o *reparación*. Los tres momentos corresponderían, *grosso modo*, a la generación de los que hicieron la guerra, la de sus hijos y la de sus nietos⁷⁵.

En la primera etapa, especialmente en los años iniciales, todo indica que la desigual batalla por la memoria entre los vencedores y los derrotados, teniendo en cuenta la proximidad de la *experiencia vivida*, no logró sofocar del todo las culturas políticas de preguerra ni acabar con las memorias divididas sobre el conflicto; aunque también cabe suponer, y algunos indicios lo avalan, que el régimen supo aprovechar bien la presión

⁷¹ AGUILAR FERNÁNDEZ, P., *Memoria y olvido...*, *op. cit.*; ARÓSTEGUI, J., “Traumas colectivos...”, *op. cit.*

⁷² ROBIN, R., *La memoire...*, *op., cit.*, pág. 35.

⁷³ MERRIDALE, C., “War, death and remembrance in Soviet Russia” en WINTER, J. & SIVAN, E., *War and Remembrance...*, *op. cit.*, pág. 61; ARÓSTEGUI, J., “Traumas colectivos...”, *op. cit.*, pág. 58.

⁷⁴ ROUSSO, H., “La memoria de Vichy o la ilusión de la excepción francesa” en ARÓSTEGUI, J. & GODICHEAU, F. (Eds.), *Guerra Civil...*, *op. cit.*, pág. 323-325. Desarrollo amplio, en ROUSSO, H., *Le syndrome...*, *op.cit.*

⁷⁵ ARÓSTEGUI, J., “Trauma colectivo...”, *op. cit.*, pág. 79-80.

internacional para su propio reforzamiento ideológico, forjando un mito de *la paz de Franco* que sintonizaba bien con el miedo a una nueva guerra de muchos españoles⁷⁶.

La ideología de los vencedores, que era en definitiva la de las viejas clases dominantes, se difundió a través de una serie de mecanismos de propaganda y socialización política que implicaban en primer lugar el *borrado* de la memoria republicana, sustituyéndola por los indicadores de la nueva memoria *oficial* del régimen (*lugares, marcas, nombres, huellas, etc.*)⁷⁷. Se ha comenzado a estudiar, en ese sentido, el papel del cine, el No-Do, la literatura, la enseñanza, los monumentos y los ritos y ceremonias; es decir, los recursos utilizados dentro de las *políticas de memoria* del Franquismo. En todos ellos, el tratamiento de la represión es bastante semejante, atribuyendo de forma exclusiva la violencia criminal al bando republicano y ocultando la ejercida por los vencedores; no en vano el reiterado énfasis en el recuerdo del *terror rojo* tiene un valor instrumental básico, ya que fue elemento central en la legitimación del movimiento fundacional del nuevo régimen⁷⁸.

El Franquismo instituyó un *ceremonial barroco* que, como ha señalado Giuliana di Febo, debe estudiarse “*en su interacción con la propaganda y las formulaciones doctrinales*”. Gran parte de esas fiestas y rituales tenían una relación directa con la rememoración de la Guerra y el homenaje a los *mártires* de la Cruzada. De ese modo se construyó una “*sofisticada narrativa de la deuda con los muertos*”. Las placas, homenajes y lugares de recuerdo a los “*caídos por Dios y por España*” proliferaron por doquier, respondiendo al llamamiento que el mismo Franco había hecho, en abril de 1937, a elevar estelas y monumentos “*donde brilló el fuego de las armas y corrió la sangre de los héroes*”, con el fin de que “*los caminantes y viajeros se detengan un día ante las piedras gloriosas y rememoren a los heroicos artífices de esta gran Patria española*”. El Valle de los Caídos representa la culminación de este proyecto monumental y memorialístico del primer Franquismo⁷⁹.

⁷⁶ SEVILLANO CALERO, F., “Cultura, propaganda y opinión en el primer franquismo” en *Ayer*, nº 33, (1999), pág. 159; CAZORLA SÁNCHEZ, A., *Las políticas de la victoria. La consolidación del Nuevo Estado franquista (1938-1953)*. Madrid, Marcial Pons, 2000, pág. 201-243.

⁷⁷ CUESTA BUSTILLO, J., “La destrucción de la memoria de la II República (1936-1944)” en CHAPUT, Marie-Claude & y GOMEZ, T. (Dir.), *Histoire et mémoire de la Seconde République espagnole*. París, Université Paris X-Nanterre, 2002, pág. 309-321. La destrucción de monumentos, textos o nombres (el *olvido*) no significa vacío, sino sustitución por otros, como bien señala ROBIN, R., *La mémoire...*, *op.cit.*, pág. 91. Sobre el concepto de *lugares de memoria*, el referente clásico es NORA, P., “Entre Mémoire...”, *op. cit.* Sobre *marcas territoriales*, JELIN, E. & LANGLAND, V. (Comp.), *Monumentos...*, *op. cit.*, pág. 1-18 y otras.

⁷⁸ AGUILAR FERNÁNDEZ, P., *Memoria y olvido...*, *op. cit.*, pág. 86-112. Sobre el papel del cine, véanse trabajos de Román GUBERN (1936-1939. *La guerra de España en la pantalla*. Madrid, Filmoteca Nacional, 1986, págs. 83-92) o José F. COLMEIRO (*Memoria histórica...*, *op. cit.*, pág. 43-57). Sobre el No-Do, TRANCHE, R. R. & SÁNCHEZ BIOSCA, V., *NO-DO. El Tiempo y la Memoria*. Madrid, Cátedra, 2001. Sobre textos escolares, ÁLVAREZ OSÉS, J. A. & *et. al.*, *La guerra que aprendieron los españoles. República y guerra civil en los textos de bachillerato (1938-1983)*. Madrid, Libros de la Catarata, 2000, pág. 99-119 y 167-192.

⁷⁹ DI FEBO, G., *Ritos de guerra y de victoria en la España franquista*. Bilbao, Desclée de Brouwer, 2002. Sobre fiestas, CENARRO, A., “Los días de la ‘Nueva España’: entre la ‘revolución nacional’ y el peso de la tradición” en *Ayer*, nº 51, (2003), pág. 115-134. Sobre fiestas y monumentos, AGUILAR FERNÁNDEZ, P., *Memoria y olvido...*, *op. cit.*, pág. 112-135. Sobre “deuda con los muertos”, MEDINA RODRÍGUEZ, A., *Exorcismos...*, *op. cit.* Sobre *caídos*, CASTRO, L., “El recuerdo de los caídos: una memoria hemipléjica”, 26/11/2004, en <http://www.pagina.digital.como.ar>. Sobre el

La propaganda y los intentos de persuasión constituyen la otra cara de la represión multifacética sobre los vencidos, uno de cuyos objetivos era someterlos al silencio y al “*olvido de su propio pasado*”⁸⁰. En este terreno es difícil calibrar el grado de eficacia alcanzado en cada momento⁸¹. Desde luego, la imposición no se llevó a cabo sin resistencias, pero las vertientes de la misma relacionadas con el mantenimiento de los recuerdos de la República apenas han comenzado a estudiarse. No se acabó, desde luego, con la memoria de los vencidos, aunque sí se la recluyó a ámbitos privados y la fue erosionando con el tiempo. Es obvio que desafíos como las celebraciones por parte de los presos del aniversario del 18 de julio (“día de la resistencia popular”), del Frente Popular e incluso de la Comuna de París o la Revolución de Octubre no eran factibles, paradójicamente, fuera de los muros de la prisión; salvo, claro está, entre los exiliados⁸²

Preservar una memoria colectiva al margen del control del poder, los medios de comunicación y los instrumentos de socialización masiva, requiere la existencia efectiva de *comunidades de memoria* con su propia “narrativa constituida”, sus tradiciones (que ligan a los individuos que las constituyen con el pasado) y sus prácticas rituales, estéticas y éticas. Cuando se trata de una guerra, hay además grupos especiales *portadores de memoria*, como los antiguos combatientes, o *comunidades de luto* (*communities of mourning*) más o menos informales, tales como las que menciona Winter a propósito de la Gran Guerra⁸³

Colectivos de este tipo en nuestro país, capaces de mantener una memoria de resistencia en tiempos de fuerte represión, resultan difíciles de identificar, y desde luego apenas han sido estudiados desde esta perspectiva. Quizás lo que más pueda parecerse son determinadas comunidades obreras. En algunos trabajos *clásicos* sobre el resurgir de la oposición sindical al Franquismo se ha planteado la importancia de las tradiciones militantes de preguerra o la existencia de *culturas locales* diferenciadas⁸⁴. El tema constituye, sin duda, una cantera por explotar, como también lo está el de la transmisión de la memoria dentro de los núcleos resistentes políticamente organizados. Algo sabemos acerca de la memoria de la Guerra en los círculos nacionalistas vascos; cuando ciertos sectores procedentes de esta *comunidad* comenzaron a inclinarse hacia las prácticas violentas, no parece casualidad que

santuario de Cuelgamuros, SUEIRO, D., *La verdadera historia del Valle de los Caídos*. Madrid, Sedmay, 1976 (recientemente reeditado).

⁸⁰ RICHARDS, M., *Un tiempo de silencio. La guerra civil y la cultura de la represión en la España de Franco, 1936-1945*. Barcelona, Crítica, 1999; SAZ, I. & GÓMEZ RODA, J. A. (Eds.), *El Franquismo en Valencia. Formas de vida y actitudes sociales en la posguerra*. Valencia, Epistema, 1999, pág. 16-17.

⁸¹ MOLINERO, C. & YSÀS, P., “La historia social de la época franquista. Una aproximación” en *Historia Social*, nº 30, (1998), pág. 134-140.

⁸² Un testimonio de celebraciones en las cárceles, en SÁNCHEZ MONTERO, S., *Camino de libertad. Memorias*. Madrid, Temas de Hoy, 1997. Un caso de exiliados, en DREYFUS-ARMAND, G., “La memoria de la Segunda república en el exilio republicano en Francia” en *Historia del Presente*, nº 2, (2003), pág. 41-50.

⁸³ BELLAH, R. N. & *et. al.*, *Hábitos del corazón*. Madrid, Alianza, 1989, pág. 203-206; WINTER, J., *Sites of Memory, Sites of Mourning. The Great War in European cultural history*. Cambridge, Cambridge University Press, 2000, pág. 29-53 y otras. Una aproximación a uno de estos grupos en relación con España, en AGUILAR FERNÁNDEZ, P., “Agents of Memory: Spanish Civil War veterans and disabled soldiers” en WINTER, J. & SIVAN, E., *War and Remembrance...*, *op. cit.*, pág. 84-103.

⁸⁴ FENTRESS, J. & WICKHAM, Ch., *Memoria social*. Madrid, Frónesis, 2003, pág. 142-156; MARAVALL, J. M^a, *Dictadura y disenterimiento político. Obreros y estudiantes bajo el Franquismo*. Madrid, Alfaguara, 1978, pág. 80-81, 113 y otras.

algunos de sus objetivos fueran elementos del régimen de marcado simbolismo: un tren de ex-combatientes o emblemas y monumentos franquistas⁸⁵.

La memoria de colectivos específicamente relacionados con la guerra y la represión tuvo, desde luego, muchas dificultades para socializarse más allá de pequeños círculos familiares o vecinales. Se ha estudiado, por ejemplo, el recuerdo de los testigos del bombardeo de Guernica, sometidos durante décadas a las imposiciones de una historia oficial falsaria, que en todo caso no impidió la transmisión verbal de versiones alternativas en círculos familiares o de simpatías nacionalistas. Otro ejemplo interesante es el de los *niños de la guerra* vascos retornados al país tras la contienda, que mantuvieron sus recuerdos constreñidos hasta que la aparición en 1967 del libro de Castresana *El otro árbol de Guernica* inició un proceso de recuperación-reconstrucción de una memoria que daría lugar a la emergencia de una cierta identidad colectiva. Algo parecido, en condiciones más duras, sucede con las presas políticas, que sólo desde la década de 1970, gracias a la recogida de testimonios de Tomasa Cuevas, comenzaron a compartir vivencias personales dolorosamente silenciadas⁸⁶. Gran parte de la pervivencia de la memoria reprimida se debe a la transmisión de padres a hijos, aunque el proceso, que cimentó muchos compromisos militantes en las nuevas generaciones, revistió formas y adquirió intensidades muy diferentes⁸⁷.

Con el paso del tiempo, la vieja retórica de la *cruzada* y la *barbarie roja* fueron quedando desfasados, obligando a su reajuste. De ese modo, sin que desaparecieran totalmente algunos de los elementos anteriores, fue abriéndose paso la idea de la Guerra como un conflicto entre españoles (aunque algunos fueran más *culpables* que otros) e incluso como “locura colectiva”; el mito de la paz como valor positivo aportado por el régimen se convirtió en un recurso propagandístico habitual⁸⁸. La misma *liberalización* relativa permitió que fueran aflorando públicamente, de manera tímida, las primeras versiones cercanas a la sensibilidad de los vencidos en la literatura o el cine⁸⁹. Era bien poco para contrarrestar décadas de adoctrinamiento, pero entretanto se revitalizaban en el exterior los estudios históricos sobre la contienda, en los que hispanistas como Thomas o Jackson llevaban a cabo las primeras estimaciones generales (aún poco afinadas) sobre las

⁸⁵ AGUILAR FERNÁNDEZ, P., “La guerra civil española en el discurso nacionalista vasco. Memorias peculiares, lecciones diferentes” en UGARTE, J. (Ed.), *La transición en el País Vasco y España. Historia y memoria*. Bilbao, Universidad del País Vasco, 1998, pág. 121-154.

⁸⁶ CAVA MESA, M^a. J., *Memoria colectiva del bombardeo de Guernica*. Bilbao, Bakeaz / Gernika Gogoratuz, 1996; ALONSO CARBALLÉS, J. J., “La construcción de una memoria colectiva del éxodo infantil vasco” en *Ayer*, nº 32, (1998), pág. 163-193; VINYES, R., “Sobre la destrucción y memoria de las presas en las afueras de la prisión” en *Historia del Presente*, nº 4, (2004), pág. 13-30.

⁸⁷ Algunos ejemplos de la complejidad de esta transmisión, en MARAVALL, J. M^a, *Dictadura y disenso...*, op. cit., pág. 193-211. O, para el caso de las mujeres, en ROMEU ALFARO, F., *El silencio roto. Mujeres contra el Franquismo*. Oviedo, Gráficas Summa, 1994, pág. 193-203 y otras.

⁸⁸ AGUILAR FERNÁNDEZ, P., *Memoria y olvido...*, pág. 105 y 193; MORADIELLOS, E., 1936. *Los mitos de la Guerra Civil*. Barcelona, Península, 2004, pág. 27-28.

⁸⁹ COLMEIRO, J. F., *Memoria histórica...*, op. cit., pág. 67-77; RODRÍGUEZ, Marie-Soledad, “Memoire et oubli de la guerre civile: de Armiñan au cinéma des années 90” en CHAPUT, Marie-Claude & MAURICE, J. (Dir.), *Espagne XX^e siècle. Histoire et Mémoire*. París, Université Paris X-Nanterre, 2001, pág. 207-209.

víctimas de la represión⁹⁰. La respuesta defensiva del régimen consistió en preparar una nueva versión del conflicto menos épica y más *presentable* que, aunque de tendencia filofranquista evidente, usaba ya la denominación de *guerra de España* y reconocía la violencia “de ambos bandos”. También en los manuales escolares, las viejas diatribas anti-republicanas fueron abriendo paso, desde 1967, a un enfoque más sosegado, apareciendo poco a poco el tema de la responsabilidad compartida por la violencia⁹¹.

Se ha señalado que este nuevo clima coincide con los llamamientos a la *reconciliación nacional* desde sectores de la oposición. Se habría así generando una memoria histórica consensuada o una “transformación de principios de cultura cívica” basada en la convicción de la culpabilidad colectiva y el deseo del “nunca más”⁹². La idea de *reconciliación*, en todo caso, puede ser invocada, según han sucedido en Chile, a modo de recomendación del olvido o, por el contrario, como reclamo del conocimiento de la verdad y exigencia de justicia o reparación⁹³. En el caso español, tal como se manejó por determinados grupos (en especial el Partido Comunista), pese a su evidente ambigüedad, no parece conllevar la idea de la equidistancia moral entre ambos bandos y de la necesidad de borrado de memoria. El hipotético *consenso* de memoria pre-transicional, en todo caso, podría ser juzgado, más que a modo de punto de encuentro, como el triunfo de la reelaboración ideológica de la memoria franquista sobre una posible interpretación alternativa de los herederos de la tradición republicana.

Los sólidos trabajos de Paloma Aguilar han popularizado la idea de que el trauma de la Guerra marcó la transición postfranquista y que la imagen dominante de la República funcionó como un contra-ejemplo o referente negativo. El sentimiento de culpabilidad colectiva por las atrocidades explicaría la “*amnistía mutua y recíproca que acaban concediéndose los contendientes políticos*”. Hay –señala– en la transición española, “*un pacto tácito entre las élites más visibles para silenciar las voces amargas del pasado que tanta inquietud suscitaban entre la población*”. El acuerdo pretendía evitar la utilización partidista del pasado, siendo auspiciado “*por una sociedad traumatizada por el mismo y deseosa de mirar hacia el futuro*”⁹⁴.

Santos Juliá, por su parte, ha recogido también la tesis del ejemplo negativo que suministró la memoria de la Guerra para la Transición. Lo que hubo –afirma– fue una amnistía que en modo alguno era “*resultado de un olvido, sino de la memoria actuante de la guerra y de la dictadura*”. Puesto que había muertos de uno y otro lado, se renunciaba a exigir una justicia retroactiva sobre ellos. Eso no significó una amnesia colectiva, sino más

⁹⁰ CENARRO, A., “Muerte y subordinación en la España franquista: el imperio de la violencia como base del ‘Nuevo Estado’” en *Historia Social*, nº 30 (1998), pág. 6.

⁹¹ ÁLVAREZ OSÉS, J. A. & et. al., *La guerra...*, op. cit., , pág. 30, 202-204, 214-215, 219 y otras.

⁹² JULIÁ, S., “Echar al olvido: memoria y amnistía en la transición a la democracia en España” en DAVIS, J. C. & BURDIEL, I. (Eds.), *El otro, el mismo. Biografía y autobiografía en Europa (siglos XVII-XX)*. Valencia, Universitat de valencia, 2005, pág. 356-358; MORADIELLOS, E., *1936...*, op. cit., pág. 29-30; AGUILAR FERNÁNDEZ, P., *Memoria y olvido...*, op. cit., pág. 34.-35.

⁹³ CRUZ, M^a. A., *Iglesia, represión y memoria. El caso chileno*. Madrid, Siglo XXI, 2004, pág. 121-144.

⁹⁴ Paloma Aguilar ha presentado estas tesis en varios trabajos, empezando por su libro *Memoria y olvido...*, op. cit. Una versión reciente, en “Presencia y ausencia de la guerra civil y del franquismo en

bien un “*echar al olvido*” (que no suponen no hablar del pasado, sino hacerlo en términos de reconciliación) que un “*caer en el olvido*”, puesto que, entre otras cosas, “*hemos investigado, publicado y hablado de nuestro reciente pasado hasta la saciedad*”⁹⁵.

Sin duda planteamientos como los de Paloma Aguilar destilan un cierto aroma *funcionalista*. El olvido de la Transición respondía a una especie de *necesidad social* homeostática, que las élites políticas no hicieron sino traducir o ejecutar. Llevada a su lógica conclusión, el destino de la Transición estaba ya escrito en la evolución final del Franquismo, y el consenso era el desenlace *natural* de un proceso de convergencia previo en torno a una memoria común de la Guerra, basada en la idea de la equiparación entre ambos bandos. La posibilidad de opciones alternativas quedaría así excluida como ilusoria (e *indeseable*). Se minimiza de ese modo la responsabilidad de las élites políticas en la fijación de esa *memoria colectiva* que tal vez quepa imaginar más fluida y contradictoria, y que podría haber sido *reconstruida* de otra manera en un proceso de transición diferente; más allá de sus posibles resultados y costes, ¿cabe negar que tal posibilidad existiera sin constreñir a los actores a meros comparsas de un proceso mecánico? Que de hecho sucediera lo que pasó ha sido interpretado por Gregorio Morán como una *traición* de las fuerzas antifranquistas y el triunfo del arribismo político, en un esquema al que sin duda le sobra moralismo, pero que al menos tiene el mérito de plantear los resultados no como fruto de un idílico consenso, sino del chantaje, la obliteración forzada de los lazos entre la nueva democracia y la República, y la ocultación misma del carácter de clase del proceso. Se trataría de una “*derrota política y ética de la izquierda*”⁹⁶. Al fin y al cabo, como también reconoce Paloma Aguilar, en el proceso unos ganaron (los que habían colaborado con la dictadura) y otros perdieron⁹⁷.

¿Hubo, en otro sentido, amnistía o amnesia?. Son muchos quienes opinan que aquí se produjo algo más que una “*mutua amnistía*”, y que durante la Transición “*se pasó como sobre ascuas por encima de nuestro inmediato pasado*”. En opinión de Carme Molinero, prevaleció el silencio sobre la memoria democrática y, al margen de explicaciones sobre la correlación de fuerzas existente, los sectores antifranquistas cooperaron en este “*programa de amnesia colectiva*”⁹⁸.

Puede decirse que en los años posteriores a la muerte de Franco y en la etapa del *felipismo*, no hubo realmente interés en desarrollar una *política de memoria* democrática que contrarrestara los estragos de la Dictadura. Según Elorza, a medida que se consolidaba la asociación entre monarquía y democracia, “*el recuerdo de la República fue diluyéndose*”.

la democracia española. Reflexiones en torno a la articulación y ruptura del ‘pacto de silencio’”, en ARÓSTEGUI, J. & GODICHEAU, F. (Eds.), *Guerra Civil...*, *op. cit.*, pág. 245-293.

⁹⁵ JULIÁ, S., “Echar al olvido...”, *op.cit.*

⁹⁶ MORÁN, G., *El precio...*, *op. cit.*, observaciones en pág. 75-108, 235-236 y otras.

⁹⁷ AGUILAR FERNÁNDEZ, P., “Presencia y ausencia...”, *op. cit.*, pág. 282.

⁹⁸ SAZ, I., “Franquismo, el pasado que aún no puede pasar” en *Pasajes. Revista de Pensamiento Contemporáneo*, nº 11, (2003), pág. 52 y 55; REIG TAPIA, A., *La Memoria de la Guerra Civil. Los mitos de la tribu*. Madrid, Alianza, 1999, pág. 29-67; MOLINERO, C., “Memoria i silencis sobre la guerra civil i el franquisme durant la transició” en ROVIRA, M. & VÁZQUEZ, F., *Polítiques de la memoria. La transició a Catalunya*. Barcelona, Portic, 2004, pág. 31-37; SEVILLANO CALERO, F., “La construcción de la memoria y el olvido en la España democrática” en *Ayer*, nº 52,(2003), pág. 298-299.

Incluso en los primeros años de la Transición, el número de *lugares de memoria* franquistas no sólo no menguó sino que “se incrementó considerablemente”. El hecho nos remite a las mismas razones (elementos de continuidad con el pasado) que explicarían la ausencia de políticas de *justicia* en nuestro país semejantes a las de otros lugares; como apunta gráficamente Gibson, “con un rey nombrado por Franco y ratificado por el pueblo, no había ningún Nüremberg”⁹⁹.

Como prueba de que no se había producido realmente un “pacto de silencio”, Santos Juliá ha aducido la amplia labor de los investigadores acerca de la represión. Pero, si bien es cierto que se publicaron algunos reportajes en revistas de divulgación y que, en la segunda mitad de la década de los 70 y los primeros años de los 80, aparecieron investigaciones monográficas regionales y locales, estos trabajos fueron escasos. Además, hay que distinguir entre historiografía y memoria colectiva, y existe una gran distancia entre los conocimientos académicos y los referentes extendidos en el conjunto de la sociedad. Los mismos reportajes de prensa o televisión sobre temas relacionados con la Guerra en los años de la Transición se cuidaban mucho de no destacar aspectos relacionados con la represión o la violencia de la retaguardia. Es verdad que la literatura de los años finales del Franquismo y la Transición nos ofrece interesantes ejemplos de “novelas de memoria”, pero su proyección social es limitada. En cuanto al cine, aunque en los primeros años del postfranquismo se filmaron un conjunto de películas que abordaban con espíritu crítico la época de la Guerra Civil y los primeros años de la Dictadura, pronto su ritmo descendió notablemente¹⁰⁰.

4. La “memoria de reparación” y las nuevas batallas por el pasado.

En general, en la década de 1980 no se produjeron avances importantes en la *recuperación* de la memoria democrática; probablemente sería más exacto hablar de un retroceso que –como hipótesis- podríamos ligar al “síndrome del 23-F”. Es bien conocida la posición en 1986 del gobierno de Felipe González rechazando cualquier celebración en el cincuentenario de la Guerra, porque “una guerra civil no es un acontecimiento conmemorable”. El PSOE en el gobierno –se ha señalado- no se ocupó de “fomentar la explicación a los españoles de la grandeza que en su fracaso representó la democracia republicana”, de modo que la condena del Franquismo dejó en la sombra la explicación del período anterior y abrió la puerta a la idea de la equidistancia y la equiparación de la responsabilidad de ambos bandos¹⁰¹.

⁹⁹ MOLINERO, C., “Memoria de la represión...”, *op. cit.*; ELORZA, A., “La niña olvidada” en CHAPUT, Marie-Claude & GOMEZ, T., *Histoire et Mémoire...*, *op. cit.*, pág. 420; ANDRÉS, J. de, “Las estatuas de Franco, la memoria del Franquismo y la transición política española” en *Historia y Política*, nº 12, (2004), pág. 178; GIBSON, I., “La memoria histórica”, *La Nueva España*, 16 de septiembre de 2004.

¹⁰⁰ GONZÁLEZ CALLEJA, E., “Violencia política y represión en la España franquista: Consideraciones teóricas y estado de la cuestión” en MORENO FONSERET, R. & SEVILLANO CALERO, F. (Eds.), *El Franquismo. Visiones y balances*. Alicante, Universidad de Alicante, 1999, pág. 141-143; CENARRO, Á., “Muerte y subordinación...”, *op. cit.*, pág. 8-9; REIG TAPIA, A., *Memoria...*, *op. cit.*, pág. 18-19 y 54-67; COLMEIRO, J., F., *Memoria histórica...*, *op. cit.*, pág. 58-66, 156-176, etc.

¹⁰¹ ARÓSTEGUI, J., “Traumas colectivos...”, *op. cit.*, pág. 85-86; ELORZA, A., “Vuelve el 36”, *El País*, 17 de septiembre de 2005.

Pocos años más tarde, sin embargo, nos encontramos ya “en pleno momento de la memoria de la reparación”. Desde mediados de la década de los 90, diversas asociaciones inician sus campañas reivindicativas de la memoria antifranquista, con especial atención al recuerdo de las prácticas represivas de la Dictadura. Estos colectivos han ido cumpliendo el papel de lo que Elizabeth Jelin denomina *emprendedores de la memoria*, En los últimos años, la proliferación de iniciativas (exposiciones, homenajes, libros, etc.) ha ido acompañada de debates parlamentarios y propuestas legales que representan un cambio significativo con respecto a lo hecho (o más bien a lo eludido) en la Transición¹⁰². Paralelamente, se han ido produciendo notables progresos en el conocimiento sobre la violencia de la Dictadura, con el desarrollo de muchas investigaciones locales o regionales y la incorporación de nuevos temas, como las prácticas punitivas específicas contra las mujeres, los campos de concentración y el trabajo forzado de los presos, etc.¹⁰³

Pero tal vez la novedad principal haya sido la difusión social de estos avances, a través de la edición de numerosos libros (de valor desigual) y sobre todo de los medios de comunicación. Particular impacto han tenido algunos programas televisivos que, por vez primera, llevan a los hogares españoles imágenes y reflexiones sobre la represión franquista¹⁰⁴. En cambio la aportación del cine resulta desigual, toda vez que el número de películas que, desde la década de los 90, han abordado la Guerra Civil es bastante escaso; pero esta realidad se contrapesa con una cierta revitalización del género documental y la relativamente amplia repercusión que han tenido algunas de ficción en las que la represión constituye un eje central del argumento¹⁰⁵.

El rebrote del interés por la Guerra y la represión subsiguiente recuerda a esas repentinas *irrupciones de la memoria* evocadas para el caso de Chile¹⁰⁶. Desde luego se asemeja bastante a lo que Rousso tipifica como “el paradigma del Holocausto”. Tal modelo incluiría aspectos tales como el lugar preponderante ocupado por las víctimas (alentado por asociaciones o grupos políticos o sociales) contra las interpretaciones oficiales o

¹⁰² SEVILLANO CALERO, F., “La construcción...”, *op. cit.*, pág. 305 y ss; AGUILAR FERNÁNDEZ, P., “Presencia y ausencia...”, *op. cit.*, pág. 271-281; EGIDO, A., “Memoria y represión” en *Historia del Presente*, nº 2, (2003), pág. 140-147; JELIN, E., *Los trabajos...*, *op. cit.*, pág. 48-51.

¹⁰³ CENARRO, A., “Muerte y subordinación...”, *op. cit.*, pág. 8-9; EGIDO, A., “Memoria y represión...”, *op. cit.*, pág. 143-145.

¹⁰⁴ MOLINERO, C., “Memoria ...”, *op. cit.*, pág. 25-26; GUTIÉRREZ LOZANO, J. F. & SÁNCHEZ ALARCÓN, I., “La memoria colectiva de la Guerra civil española en la producción bibliográfica y audiovisual. El distinto uso de las fuentes” en PENA, A. (Coord.), *Comunicación y guerra en la historia*. Santiago de Compostela, Tórculo, 2004, pág. 128-133. Junto a documentales inequívocamente críticos, hay también series de contenido histórico cuestionadas por su visión complaciente del régimen anterior (*Memoria de España*) o alguna de ficción (*Cuéntame*) que ha sido acusada de adornar el pasado con la pátina de la nostalgia. Véase CASANOVA, J., “La historia que nos cuenta TVE”, *El País*, 3 de abril de 2005, o SÁNCHEZ-BIOSCA, V., “La memoria impuesta. Notas sobre el consumo actual de imágenes del franquismo” en *Pasajes. Revista de Pensamiento Contemporáneo*, nº 11, (2003), pág. 45-48.

¹⁰⁵ GUTIÉRREZ LOZANO, J. F. & SÁNCHEZ ALARCÓN, I., “La memoria colectiva...”, *op. cit.*, pág. 125-126; RODRÍGUEZ, Marie-Soledad, “Mémoire et oubli de la guerre civile: d’Armiñán au cinéma des années 90”, en CHAPUT, Marie-Claude, y MAURICE, J. (Dir.), *Historie et Mémoire...*, *op. cit.*, pág. 214-218.

¹⁰⁶ BARAHONA DE BRITO, A. & et. al., *Las políticas...*, *op. cit.*, pág. 239.

determinadas por la “razón de Estado”; el papel desempeñado por sus hijos o nietos en la reivindicación; y los discursos en torno al *deber de memoria*¹⁰⁷.

Existe sin duda cierta demanda social detrás de las iniciativas emprendidas, que se alimenta del interés de nuevas generaciones; de la percepción autocrítica de sectores que protagonizaron la Transición y ahora la ven como una ocasión perdida de crear una cultura democrática más sólida; de la reclamación de justicia y reparación por parte de las víctimas y sus sucesores; y de la tendencia generalizada en todos los países que han sufrido experiencias traumáticas. Hay también un *factor de posibilidad* que marca la diferencia con los años inmediatamente posteriores a la muerte del Dictador, al reducirse drásticamente los riesgos de involución. En lo que no parece encajar el caso español es en esquemas sociológicos formalistas pensados para otras sociedades, como la idea de “ciclos del recuerdo” de 20-30 años que esboza Pennebaker para Estados Unidos¹⁰⁸.

El componente generacional (la irrupción de los *nietos*) es uno de los argumentos reiteradamente invocados. Se trataría de un grupo de edad que no vivió ni la Guerra ni el Franquismo y que por tanto no estaría hipotecado por los recuerdos personales o los forzados compromisos del pasado, y que quiere conocer lo que sucedió¹⁰⁹. La explicación es sugerente, pero se parece bastante a una *petición de principio*. Los cambios generacionales y los ritmos biológicos explican poco por sí solos, si no se les pone en relación con otras transformaciones histórico-culturales que los enmarcan.

Al margen de este tipo de conjeturas, los factores explicativos esgrimidos nos remiten a los debates ideológicos y los conflictos políticos. En ese sentido, es frecuente establecer una relación estrecha entre las iniciativas de *recuperación de la memoria histórica* y el crecimiento electoral y posterior ascenso al gobierno del Partido Popular (y habría que añadir tal vez su política de oposición actual), más allá de a quien se le atribuya la responsabilidad última (al oportunismo de los adversarios políticos del PP para deslegitimarlo como fuerza democrática, o a las preocupantes indicios de complaciente neofranquismo por su parte)¹¹⁰.

Lo que ante todo interesa subrayar es que el campo de la *memoria* sigue siendo un lugar privilegiado de confrontación ideológica, que es tanto como decir político-social. Al margen de utilizaciones taticistas en la *pequeña política*, lo que se está dirimiendo con el debate sobre represión franquista entronca con las luchas por la memoria en otros lugares y, en el caso de España, incide con el malestar de sectores que se consideran *derrotados* por una Transición incapaz de haber construido “*una Memoria acorde con los valores democráticos de la defensa de la Libertad*”, hurtando una parte “*de nuestra historia, de*

¹⁰⁷ ROUSSO, H., “La memoria de Vichy...”, *op. cit.*, pág. 326-327.

¹⁰⁸ SAZ, I., “Franquismo, el pasado...”, *op. cit.*, pág. 57-59; BARAHONA DE BRITO, A. & *et. al.*, *Las políticas...*, *op. cit.*, pág. 438; PENNEBAKER, J. W. & BASANICK, B., “Creación y mantenimiento de memorias colectivas” en PÁEZ, D. & *et. al.*, (Ed.), *Memorias colectivas...*, *op. cit.*, pág. 31-47.

¹⁰⁹ JULIÁ, S., “Echar al olvido...”, *op. cit.*, pág. 366-367.

¹¹⁰ GONZÁLEZ CUEVAS, P. C., “Derecha, historia...”, ya citado; PALACIO, L., de, “1936-2006: honrar a todos los muertos”, *El Mundo*, 8 de febrero de 2006; AGUILAR FERNÁNDEZ, P., “Presencia y ausencia...”, *op. cit.*, pág. 281-290; MORADIELLOS, E., “Uso y abuso de la historia: la Guerra Civil”, *El País*, 31 de octubre de 2005; MOLINERO, C., “Memoria...”, *op. cit.*, pág. 28, considera la reacción ante el PP como un factor de relevancia explicativa “posiblemente menor”.

nuestra identidad”, que incluye para quienes reivindican una *nueva política de memoria* el “*orgullo de la gesta democrática de sus padres, tíos y abuelos que tan cara les costó*”¹¹¹.

Como en otros países –constata Ruiz Torres- la oposición entre visiones del pasado se asocia con proyectos políticos que se disputan la hegemonía¹¹². Por eso la derecha mayoritaria, que había ido afirmándose ideológicamente en la tradición del pensamiento liberal-conservador de nuestro país¹¹³, ha reaccionado violentamente frente a lo que considera una ruptura del *consenso* de la Transición, que tan buenos resultados ha dado impidiendo la revisión crítica del pasado. En lo que afecta a interpretación de la Guerra y del Franquismo, el peso de su enraizamiento sociológico en el campo de los vencedores, la influencia ideológica de una *nueva derecha* internacional y probablemente la reacción frente a las reivindicaciones de la memoria republicana, parecen haber contribuido a enconar unas posiciones que oscilan entre la idea de la “culpabilidad colectiva” y la imputación a los derrotados del origen del conflicto. Esta última fórmula es, sin duda, la del *reversionismo* a la española, reedición escasamente actualizada de viejas tesis franquistas. En todo caso, los intentos de demonización del antifranquismo parecen bastante similares, por ejemplo, al lavado de imagen del régimen o la persona de Mussolini en Italia o la satanización de la Resistencia¹¹⁴. En ese sentido, atribuir el auge del *reversionismo* historiográfico en nuestro país a los excesos de los promotores de una *recuperación de la memoria histórica* entendida como la memoria republicana y popular, es obviar el carácter más general de este fenómeno, que desborda nuestras fronteras, y desde luego posee raíces anteriores a las actuales polémicas¹¹⁵.

Con todo, la posición habitual del pensamiento conservador español sigue siendo la defensa de una “transición modélica” que habría acabado con el “*guerracivilismo que a lo largo de 150 años ha desangrado y empobrecido nuestros pueblos y nuestro país*”, tal como apunta Loyola de Palacio en un reciente artículo periodístico. Dicho esto, llama la atención que la interpretación histórica que incorpora queda, *de facto*, bastante lejos de cualquier forma de equivalencia entre ambos bandos, esbozando una visión tremendista de la República o aceptando estimaciones numéricas de la represión claramente escoradas hacia posiciones de los sublevados. Es también, *grosso modo*, la idea de González Cuevas, rechazando la identificación entre antifranquismo y democracia como “*una gravísima manipulación histórica*”, y convocando a la derecha a defenderse de la “*caricaturesca construcción de la memoria histórica*”¹¹⁶. Cuando el *reversionismo* reduce el quinquenio

¹¹¹ Asociación de Familiares y Amigos de Represaliados de la Segunda República, “La necesidad de recordar”, en <http://www.afar2rep.org/documentos/recordar.htm>.

¹¹² RUIZ TORRES, P., “Les usages politiques d l’histoire en Espagne. Formes, limites et contradictions” en HARTOG, F. & REVEL, J., *Les usages politiques du passé*. Paris, Enquete, 2001, *op. cit.*, pág. 155.

¹¹³ GONZÁLEZ CUEVAS, P. C., “El retorno de la ‘tradición’ liberal-conservadora (El ‘discurso’ histórico-político de la nueva derecha española)” en *Ayer*, nº 22, (1996), pág. 71-87.

¹¹⁴ TRAVERSO, E., *Le passé...*, *op. cit.*, pág. 115-116; RUIZ TORRES, P., “Les usages politiques...”, *op. cit.*, pág.153.

¹¹⁵ Tal es la tesis que defiende Enrique Moradillos, en el citado artículo de *El País* (31/10/2005).

¹¹⁶ Véanse los artículos de Loyola de Palacio, “1936-2006...”, y Pedro C. González Cuevas., “Derecha, historia...”. Como interesante operación ideológica hay que considerar la publicación por entregas en el diario *El Mundo* de una Historia de la Guerra inspirada por un sedicente espíritu de

republicano a “un museo de horrores”, puede incluso jugar eventualmente con la retórica de la equidistancia, pero sus intenciones van bastante más lejos¹¹⁷.

Constatar estos hechos es verificar una vez más el carácter ideológico de los usos del pasado. En una época en la que Régine Robin detecta una “*regresión en el orden del pensamiento*” semejante a la de 1815¹¹⁸, no parece incongruente negarse a reabrir las heridas del pasado en nombre de la *reconciliación* en España e impulsar en el Parlamento Europeo una propuesta tan poco *reconciliadora* como la condena de la ideología comunista, en nombre de algo bastante parecido a la *memoria histórica*, puesto que se habla de “*evitar que crímenes similares se reproduzcan*”, revisar manuales escolares, introducir ceremonias conmemorativas, abrir museos y erigir monumentos para educar a las nuevas generaciones¹¹⁹.

Asumamos, pues, que “*no hay memoria justa, ni entera reconciliación con el pasado*”¹²⁰, sino combates por la memoria. Lo cual no significa renunciar *a priori* a la posibilidad de una memoria crítica más acorde con los resultados de una Historia crítica, reduciendo el alcance de los mitos. Aunque tal vez haya que concluir, con Benjamin, que “*sólo a la humanidad redimida le cabe por completo la suerte de su pasado*”¹²¹.

imparcialidad, pero cuya intención queda clara en su editorial de 28 de agosto de 2005: “*un país que ha alcanzado la madurez democrática no puede estar permanentemente impregnando su discurso político de referencias guerracivilistas, ni retirando símbolos, ni trasladando archivos, ni concediendo homenajes póstumos, ni abriendo las fosas de los desaparecidos, y, ni mucho menos, distinguiendo constantemente entre vencedores y vencidos, entre ángeles y demonios*”.

¹¹⁷ ELORZA, A., “Vuelve el 36”, ya citado; ROBIN, R., *La mémoire saturée...*, *op. cit.*, pág. 206-215.

¹¹⁸ ROBIN, R., *La mémoire saturée...*, *op. cit.*, pág. 214.

¹¹⁹ Propuesta del PPE del Parlamento Europeo, “*Necesidad de una condena internacional de los crímenes de los regímenes comunistas totalitarios*”. Versión española en <http://www.espaimarx.org>.

¹²⁰ ROBIN, R., *La mémoire saturée...*, *op. cit.*, pág. 34.

¹²¹ BENJAMIN, W., *Discursos...*, *op. cit.*, pág. 179.